FEDERICO JEANMAIRE

Amores enanos

Finalista Premio Herralde de Novela

Amores enanos es una enorme fábula sobre las dificultades que tenemos los seres humanos para convivir con los demás seres humanos. Y, sobre todo, para lograr ser felices junto a ellos. Pero también es una novela acerca del amor y el sexo y la soledad y la incomunicación. Una historia desopilante en la que el lector no puede parar de reír. Un disparate mayúsculo. Y un drama que, entre risas y lágrimas, se resolverá justo al final, en las últimas líneas de la última página. Una pequeña y enorme fábula. Parecida a sus dos protagonistas. Milagro y Perico trabajan de enanos en un circo que un buen día cierra sus puertas por falta de espectadores. Entonces, deciden comprar un terreno, quedarse a vivir cerca del mar y, en un inesperado golpe de fortuna, se convierten en los *strippers* más famosos de la pequeña ciudad vecina. De buenas a primeras, son ricos. Y aprovechan ese dinero que les cae del cielo para construir un barrio cerrado en el que solo se permiten enanos. Sin embargo, no todo serán alegrías. La irrupción de una altísima y bella periodista, Eliana, trastocará para siempre la vida de la comunidad. Narrada desde la complejidad de medir poco más de un metro en medio de una sociedad que está diseñada para hombres y mujeres con muchos más centímetros de estatura, *Amores enanos* es una suerte de espejo que deforma aún más si cabe las tristes deformidades del mundo actual. Un texto que nos obliga, como lectores, a mirarnos desde otro lugar: un lugar bastante diferente del lugar desde el que solemos mirarnos.

Después de la reciente publicación de la deliciosa *Tacos altos*, Federico Jeanmaire (un escritor con gran prestigio que ha recibido en Argentina los premios Ricardo Rojas, Emecé y Clarín) nos deleita ahora con una novela quizá aún más singular e indispensable, una obra imperdible a la que no le falta ni le sobra nada. Absolutamente nada.

Federico Jeanmaire

Amores enanos

ePub r1.0
Titivillus 09-09-2023

Federico Jeanmaire, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

El día 7 de noviembre de 2016, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Paloma DíazMas, Marcos Giralt Torrente, Vicente Molina Foix y el editor Jorge Herralde, otorgó el 34.º Premio Herralde de Novela a *No voy a pedirle a nadie que me crea*, de Juan Pablo Villalobos.

Resultó finalista *Amores enanos*, de Federico Jeanmaire.

También se consideró en la última deliberación la novela *Cómo dejar de escribir*, de Esther García Llovet, excelentemente valorada por el jurado, que recomendó su publicación.

A Jacob Karl Grimm y Wilhelm Grimm

Es raro ser enano. Muy raro. Apenas un poco menos raro, sospecho, que ser gigante. Eso en cuanto a la cantidad de ejemplares de cada especie: aunque no conozco estadísticas serias al respecto, es obvio que los enanos somos bastante más numerosos que los gigantes o, al menos, se nos ve bastante más por las calles. Pero en cuanto a la calidad, y aquí me refiero a la fácil pregunta de para qué servimos realmente cada uno, creo que los gigantes se llevan todas las ventajas. Ellos son útiles para la sociedad. Y menos raros, en consecuencia. Incluso, hasta pueden llegar al extremo de convertirse en ídolos de multitudes y ganar muchísimo dinero practicando algunos deportes.

Nosotros no.

Perfectamente inútiles, los enanos no servimos para casi nada.

Los circos eran una posibilidad. Sin embargo, no quedan ya casi circos con enanos. Ahora los circos son otra cosa muy distinta de la que fueron. La gente no quiere encontrarse en ellos con animales. Dicen que no les gusta que vivan en cautiverio, que es cruel mantenerlos encerrados, que los maltratan, que esto y que lo otro y que lo de más allá. Y, en algún sentido, esa misma gente debe emparentar a los enanos con los animales de la selva porque tampoco quieren vernos a nosotros. Hoy por hoy, el público prefiere los espectáculos de luces, el malabarismo, la acrobacia, la magia, los grandes *shows*.

Cuestión de modas, me parece.

Y contra las modas nada puede hacerse.

La otra escasa salida laboral que tenemos los enanos son algunos lugares de esparcimiento para adultos altos. Me contaron que en Colombia, por ejemplo, una discoteca de Medellín y otra de Bogotá son atendidas por enanos. Atienden las barras. Pero no desde atrás como sería lógico, sino subidos a ellas. Una suerte de diversión barata para los humanos no enanos que van a emborracharse o a bailar en esos sitios. Tan patético, el asunto, que se completa con

camareras mancas que atienden las mesas, y uno de esos clubs, incluso, lleva por nombre Media Res.

Feo, el conjunto.

También hay bares en Estados Unidos, o en algunos países de Europa, donde los clientes, cuando han bebido lo suficiente, por unos dólares o unos euros se divierten arrojando enanos al aire. No sé si es cierto, me lo contó la misma persona que me contó lo de las discos colombianas.

Muy feo, repito.

Aunque no es para indignarse. Ni siquiera para enojarse. Finalmente, los poquísimos circos que todavía nos aceptan y estos singulares bares o discos constituyen las únicas ofertas de trabajo que tenemos los enanos en la actualidad. Ya no existen los reyes que necesiten de bufones en sus cortes. Y, por no existir, ya ni siquiera existen las cortes, y los reyes son cada vez menos poderosos.

El mundo se ha democratizado.

Ha progresado, no cabe duda.

Sin embargo, si se mira bien, siempre lo ha hecho en una dirección diametralmente opuesta a nuestros intereses. A los intereses de los enanos, quiero decir.

Comencé del modo serio y casi científico en el que comencé porque no se me ocurrió una mejor manera de comenzar. No me resulta nada fácil escribir. Y, mucho menos, tener que hacerlo, por obligación, acerca de los desagradables hechos que acontecieron en el barrio.

Pero.

Bueno.

Al menos lo intento.

Otra manera de comenzar podría consistir en contar que el sol aparece justo por detrás de la hilera de sauces, cerca del arroyo que nace en las cataratas. Lentamente, sale el sol. Colosal. Imponente. Primero en anaranjados casi rojos, y algunos minutos más tarde torna a variados tonos del amarillo. Me gusta. Es maravilloso. Y lo hice yo mismo. Sin ayuda de nadie. No me refiero al sol, por supuesto, hablo del marco en el que aparece en mi ventana: la hilera de sauces, las cataratas y el arroyo. Eso es lo que yo hice, sin ayuda de nadie.

Entonces.

Me levanto muy temprano, cada mañana, todas las mañanas de mi vida, solo para eso. Para observar tan bellísima imagen con los dos ojos bien abiertos desde la ventana de la cocina. Los días que llueve no. Los días que llueve prefiero quedarme un rato más en la cama, tapado hasta las orejas, y recordar en detalle el último de los amaneceres que pude presenciar antes de que comenzara a llover.

Después.

Cuando no llueve, claro.

Me acerco hasta los macetones donde planté los sauces llorones bonsáis y trabajo un poco en ellos. Hay que tenerlos a raya. Cortos. Si no les podo las ramas, el día menos pensado pueden taparlo todo. Hasta las cataratas pueden tapar, si los dejo crecer a su antojo. Luego, camino por uno de los costados de las cañerías hasta las canillas, reviso que no hayan sufrido ningún daño durante la noche

y que el agua fluya con normalidad para que el milagro de tanto esfuerzo sobreviva, por lo menos, hasta la mañana siguiente.

Fue un sueño.

Mi sueño.

Y ahora una pequeña realidad cotidiana que, desde mi ventana, se ve enorme. Ese podría ser, quizás, un mejor principio que el anterior.

Aunque no sé.

Realmente, no lo sé.

Lo que pasó, pasó. Y me pasó por enano. Si no fuera enano, no me habría pasado. Seguro. Estoy convencido. Incluso si fuera gigante, no me habría pasado.

Uno se cansa de ser enano.

Esa es la verdad.

Son años de mirar al mundo y al resto de sus habitantes humanos desde muy abajo. Nadie se fija en eso. Es horrible. Duele el cuello de tanto mirar hacia arriba. Uno vive contracturado. Y muy a pesar de nuestra insignificancia y de que no constituimos ningún riesgo para los demás, molestamos. Somos como monstruos bajitos, casi accesibles, de encuentro fácil. Nos parecemos, pero no somos lo mismo. Incordiamos, involuntariamente, el saludable andar de los seres de estatura normal.

Resulta evidente.

Y eso se nota en los ojos de aquellos transeúntes que nos vamos chocando por el camino.

Todo el tiempo, a toda hora.

Incluso los niños, que a veces son menos altos que nosotros mismos, se dan cuenta instantáneamente de nuestra deformidad. Y la expresan a los gritos, claro. Hasta nos señalan apuntándonos con sus dedos índices. Lo único bueno del asunto es que no damos miedo. Creo que los que dan miedo, en determinadas circunstancias, son los gigantes.

El mundo nos resulta muy desproporcionado, a los enanos.

Muy.

¿Alguien, por ventura, se ha puesto a reflexionar siquiera un instante en tan manifiesta desproporción? No. Nadie lo ha hecho ni tampoco nadie lo hará. Ningún ser humano que mida entre un metro y medio y dos metros de altura.

Yo sí.

Y otro montón de enanos tan enanos como yo.

Esa no es, entonces, la causa del problema en el que me

encuentro. La causa habría que buscarla en que yo, además de reflexionar acerca del tema como cualquier otro enano, puse manos a la obra para modificar ese estado tan injusto de cosas. Ahí está el pecado. Mi pecado original.

Además de la desproporción del mundo, odio los diminutivos. Los odio con toda mi alma. Y eso significa mucho, también. Mucho de dolor y mucho de angustia. Incluso aunque mi alma no sea tan grande como las demás almas humanas.

El odio por los diminutivos está en el origen mismo de mi vida.

Me llamo Milagro.

Milagro León.

Aunque en mi cédula de identidad dice otra cosa. Dice Milagritos León. Intuyo que se trata de un error del empleado de la oficina gubernamental en la que me anotaron. O de un yerro cariñoso de mis padres. Nadie le pone a un hijo Pedrito o Juanito o Miguelito. Mucho menos Milagritos. En primer lugar, porque Milagritos es un nombre de mujer y no de hombre. Y, aunque enano, yo soy hombre. En segundo lugar, y a pesar de que sé que hay otros, se me ocurre Nieves ahora mismo, no me parece del todo correcto que una persona cualquiera, en este caso yo mismo, lleve un nombre que termine con ese, un nombre plural. Apenas si soy uno o casi no llego a uno, no soy varios. Soy uno solo y enano, para ser del todo preciso. Y en tercer y último lugar, por supuesto, el diminutivo. Encima, el diminutivo.

Fui hijo único.

Mis padres tuvieron muchísimos problemas para engendrarme. Incontables. Innumerables problemas que no pienso contar ni enumerar, no es lo que me pidieron cuando me pidieron que escribiera esto que estoy intentando escribir. Reconozco que, ante tantos contratiempos, mis padres deben haberse sensibilizado enormemente cuando por fin nací. Los entiendo, no es que no los entienda. Pero de ahí a que acepte que, embargados de emoción por tan complicado nacimiento y al descubrir mi enanismo, imbuidos de los mejores sentimientos me hayan nombrado para siempre con un diminutivo, no. No lo acepto. De ninguna manera. Es demasiado. Resulta demasiado. Milagro hubiera alcanzado. Tiene que haber

sido un error o una estúpida ironía del empleado que me inscribió.

Jamás les pregunté a mis padres.

No quise saberlo.

¿Para qué?

Me fui muy temprano de casa. A los catorce años recién cumplidos. Harto de repetir el tercer año de la escuela primaria: a mi madre se le había puesto en la cabeza que era mejor que no pasara de tercero, que a esa edad los nenes tenían la misma altura que yo y entonces no me iban a discriminar ni a humillar, que no importaba que siempre aprendiera lo mismo, que más importante que aprender era socializarme, que si encima de enano me quedaba solo sería peor, que.

Me fui.

Aproveché el primer circo que llegó al pueblo y me fui. Nunca llegué a preguntarles a mis padres el porqué del nombre que aparece escrito en mi cédula de identidad.

Y algo más, todavía.

Por odiar, también odio que no se respeten las reglas. Es el último de mis odios. No tengo ningún otro. Lo juro. Son tres y son persistentes. Vienen desde siempre y se quedarán conmigo, lo sé, mientras dure mi eternidad.

Y como odio que no se respeten las reglas, ahora mismo me odio a mí mismo.

Profundamente.

No las estoy respetando. Se me pidió que escriba acerca de lo que ocurrió en el barrio, que haga mi descargo, y no lo estoy haciendo. Ya llevo un montón de líneas acumuladas y no consigo enfocarme. Mejor dejo un espacio y, de una vez por todas, me aboco de lleno al asunto.

Empiezo por el principio.

Hace un par de años, y como lo hacía durante todos los veranos, el circo Lowandi, el circo en el que trabajaba por aquel entonces, vino a la costa. Pero no nos fue tan bien como en otras temporadas. Para nada. Abrimos con tres funciones, enseguida tuvimos que bajar a dos y al cabo de algunas jornadas ya solo nos presentábamos una vez al día durante los fines de semana. El público no nos acompañaba. Ni siquiera alcanzábamos a llenar esas escasísimas funciones. Obviamente, se trataba de las modas, de las que ya creo haber escrito unos cuantos renglones atrás.

Entonces.

El circo quebró.

Y el dueño tuvo que venderlo todo. Las sillas, la carpa y hasta el último mono que nos había quedado de la época en que a la gente todavía le gustaba ver animales más o menos salvajes en los circos.

Pero el hombre no era ningún sinvergüenza. Después de pagar puntualmente las numerosas deudas que tenía la empresa, nos reunió en un bar y repartió el dinero sobrante entre los que habíamos sido sus empleados. En partes más o menos iguales. Y digo en partes más o menos iguales porque no quiero hilar demasiado fino: como de costumbre, a Perico y a mí, por enanos, nos correspondió entre los dos exactamente lo mismo que le tocó al gigantón que hacía de mago, se tragaba los sables, echaba fuego por la boca y nos corría en círculos pegándonos algunas patadas en el culo en uno de esos tiempos muertos en que se necesitaba entretener a la platea mientras mudaban los escenarios para el siguiente número.

Dos por uno.

Lo de siempre.

Y no quiero cansar respecto de las humillaciones a las que estamos sometidos los enanos. Aunque, claro, también me importa aprovechar la ocasión para llamar la atención de aquellas

importantes autoridades judiciales que en el futuro lean estas páginas. Pero repito que no quiero cansar. Pongo un punto y aparte y sigo por donde venía.

Con aquel dinero, Perico y yo compramos, a un precio muy módico, un terreno a siete kilómetros de la ciudad de Miramar, hacia el sur, sobre la ruta que va hacia la ciudad de Necochea. Unas tres hectáreas. Ahí es donde hoy está el barrio cerrado en el que ocurrió lo que ocurrió. El dinero no alcanzó para mucho más: una pequeña carpa, un par de bolsas de dormir, una cocina de *camping*, algunos utensilios, cubiertos, dos platos, dos vasos. Teníamos que conseguir un trabajo con cierta urgencia, si no, más temprano que tarde, iban a encontrarnos muertos del hambre en algún rincón del terreno. Claro que, por lo menos, teníamos un lugar en donde morir.

Algo es algo.

Estábamos orgullosos.

Y, con nuestro orgullo a cuestas, caminábamos las calles de Miramar, todas las mañanas, buscando un empleo. Pero, con el paso de los días, el orgullo fue disminuyendo. El dinero se acababa y solo habíamos conseguido que nos contrataran para hacer de payasos en una fiesta de cumpleaños infantil. Estábamos muy deprimidos, nos preguntábamos si no había sido un gravísimo error comprar un terreno tan grande para nada.

Sin embargo.

Esta vez el dios de los enanos, si es que lo hay, nos ayudó.

El milagro ocurrió en medio de aquella fiesta de cumpleaños, con una infinidad de niños a nuestro alrededor gritando, trepándose sobre nuestras espaldas y tirándonos de los pelos. De repente, uno de los padres se nos acercó, nos compadeció por los excesos que sufríamos por parte de la jauría infantil, nos dejó una tarjeta con sus datos y nos pidió que fuéramos a visitarlo sin falta al día siguiente después de las siete de la tarde, que por favor, que no dejáramos de ir, que tenía algo para ofrecernos que podía interesarnos.

Fuimos.

Y tuvimos que esperar un largo rato.

La puerta del lugar en que nos había citado estaba cerrada pero no teníamos ninguna otra cosa mejor para hacer en la vida.

Evidentemente, se trataba de alguna clase de local nocturno: lejos del centro comercial de la ciudad, casi llegando al muelle de los pescadores, con las paredes del frente pintadas en colores oscuros y brillantes, alcanzaba a adivinarse en medio de un camino sinuoso de bombillas de luz todavía apagadas, unos cuantos centímetros por encima de la puerta de ingreso, que su nombre era Cuestión de Tamaño.

Perico quería irse.

No quería esperar ni un minuto más.

Argumentaba que seguro era una broma, que a los hombres que medían más de un metro y medio de altura les encantaba hacerles bromas a los enanos, que observara el cartel, que estaba harto de las bromas, que no le diéramos el gusto a ese idiota de encontrarnos allí esperándolo.

Yo no.

Yo quería quedarme.

Estaba convencido de que ese hombre no era un idiota ni había querido mofarse de nosotros. Se había comportado de un modo muy cordial y, además, nos había entregado su tarjeta personal. Carlos María Robles. Y debajo estaba la dirección, el lugar exacto en donde nos encontrábamos: Garay 295. Esa, para mí, era la prueba concluyente de que no se trataba de una broma, de que el tipo no podía haber improvisado esa tarjeta de presentación.

Y no me equivocaba.

Justo cuando ya estaba a punto de perder la interminable discusión con Perico, llegó el señor Robles. Se bajó de un salto de un coche deportivo color negro y enseguida nos gritó sus disculpas, repletas de diminutivos, por la tardanza.

Pensé lo peor.

Pensé que Perico había estado en lo correcto, que no teníamos que habernos quedado, que nada bueno podía esperarse de un tipo tan alto, que bajaba de semejante coche tan bien peinado y con los dientes tan blancos, y que, por sobre todo lo demás, era tan afecto al uso de diminutivos.

Afecto.

Tiene algo de afectuoso, el diminutivo.

No voy a negar semejante obviedad. Sobre todo, lo he escuchado con esa carga de ternura y condescendencia en los pueblos más pequeños y más alejados de los grandes centros urbanos. Pero también tiene mucho de peyorativo. Depende, siempre, del tono de voz en el que lo utilice quien lo utiliza. Incluso, puede suceder que la misma persona use el mismo diminutivo con una determinada intención y, a los pocos segundos, lo use en el sentido exactamente contrario. Resulta extraño que el modo en el que una palabra se dice sea más importante que su significado. Muy extraño. Muy arbitrario. La Real Academia Española no tendría que permitir semejante oscilación lingüística, da lugar a equívocos. ¿El afecto puede ser una de las formas en que se manifiesta la superioridad de los altos por sobre los más bajos? ¿O, en definitiva, esta ambigüedad no constituye acaso una muestra patente de la asquerosa manera que tienen los seres humanos más altos para tapar con ternura lo peyorativo?

Tengo mis dudas al respecto.

Demasiadas.

Dudas que, sospecho, jamás podré resolver.

Me escurro por entre las ramas con extrema facilidad. Tendré que esforzarme por mantenerme dentro de los límites de lo que se me pidió. Respetar las reglas.

Odio no respetar las reglas.

Con toda mi alma.

Allá voy, entonces.

El tipo este, Robles, se bajó del coche deportivo negro y vino hacia nosotros dando grandes zancadas, casi corriendo. Se agachó desde alguna exageración para estrecharnos las manos y nos invitó a pasar al local. Estaba muy oscuro, dentro. No había ventanas y un olor ácido, medio nauseabundo, lo impregnaba todo. Quizá se dio cuenta de nuestro malestar, no sé. Lo cierto es que, de inmediato, nos comentó que todavía no había llegado la mujer que se encargaba de la limpieza, que lo disculpáramos, que de un momento a otro la señora llegaría y pondría rápidamente las cosas en orden.

Lo disculpamos.

Le mentimos que no tenía ninguna importancia, que el sitio no se veía tan mal, que solo el olor era un poco fuerte.

Carlos María Robles se rio.

A las carcajadas.

No podía parar de reírse mientras nos señalaba con los dedos de una de sus manos que por ese motivo había dejado la puerta abierta de par en par, al tiempo que trataba de explicarnos que casi no había posibilidades de ventilar, que la única abertura del local era la puerta de entrada, que el olor no se iba nunca, pero que, por suerte para el éxito de su negocio, las clientas que lo frecuentaban no atendían al asunto del olor, que se fijaban en otras cosas, que a partir del instante en que se hallaban en el interior del mismo, parecían tener solo un montón de ojos y ninguna nariz.

Robles continuaba riéndose.

Y Perico ya no pudo disimular por más tiempo su incomodidad y

su profundo malestar.

El tipo era muy excesivo, no paraba de hablar y de reírse y de mover las manos y gran parte de su enorme cuerpo mientras hacía cualquiera o todas esas cosas juntas. Era una suerte de grandote fanfarrón. Insoportable. Y Perico, que es de pocas palabras y por lo general vive de malhumor en malhumor, odia particularmente a esta clase de seres.

Aunque lo sé a Perico, lo conozco y convivo con él desde hace diez años, en aquel momento más de siete, no pude detenerlo.

Para qué nos citó, lo increpó a los gritos.

El hombre tardó unos cuantos segundos en detener sus carcajadas y la inercia de sus movimientos corporales. Le costó. Apenas pudo parar, yo aproveché ese corto silencio para preguntarle lo mismo que antes le había preguntado Perico pero de un modo bastante más educado. Igual, Juan Carlos Robles no contestó. Se tomó un tiempo para caminar hasta detrás de la barra y, recién desde allí, nos preguntó si queríamos una cerveza o se nos ofrecía alguna otra bebida, que la que se nos ocurriera, que aunque faltaban ventanas y puertas, lo que ahí sobraban eran botellas.

Un *whisky*.

Me sorprendió Perico.

De inmediato, le dije que yo prefería cerveza, que era muy amable, que muchas gracias. A veces, Perico resulta insufrible. Esa es la verdad. Tiene un carácter imposible. Y yo, para emparejar la situación, tengo que extremar mis buenos modales. Así funcionamos. Desde siempre. Y así seguiremos funcionando si es que algún día más o menos próximo me dejan salir de aquí y volver al barrio.

Interrumpo. Y no es que no respete las reglas. De ninguna manera. Llegado a este punto al que he llegado, resulta necesario y hasta imprescindible que haga un par de aclaraciones.

Líder.

Líder es una palabra que me queda muy grande. Tanto o igual de grande que el resto de las cosas que me rodean en este mundo.

No entiendo que las autoridades que están abocadas a este caso hayan determinado una cosa semejante. No lo acepto. La idea de construir un barrio cerrado de enanos, solo de enanos, sobre el terreno que habíamos comprado con la indemnización que nos pagó el dueño del circo Lowandi, fue de Eliana, una periodista de origen huarpe, hermosísima, para nada enana, que me hizo una entrevista para la televisión y que las autoridades, por razones obvias, conocen muy bien. Fue una idea enteramente suya. O de un conocido de ella o de un carnicero, según me comentó la primera vez que la vi. Vaya uno a saber, luego también supo desdecirse. Pero no fue mía, la idea. Lo desmiento por completo. Yo solo elegí el nombre. A modo de agradecimiento, claro. El asunto de las cataratas justo al lado de mi ventana, en cambio, sí fue una decisión personal. Eso sí. Entonces, no me hago cargo de lo demás, de aquello que ocurrió después: cada idea era debatida entre los copropietarios y votada por mayoría simple en asamblea.

Es así.

Justo un rato después de las cataratas de la mañana y de pasear o de trabajar un poco en la huerta o de revisar cómo están las ovejas, viene el mediodía. Un momento maravilloso para reunirse con los demás a conversar mientras se come cualquier cosa en el salón del tanque.

La charla con los vecinos es importante.

Fundamental.

Esencial.

Ahí es donde se deciden las cuestiones trascendentales del

barrio. No solo los trabajos que todavía hacen falta, sino, sobre todo, las reglas, las normas de convivencia que la comunidad debe respetar. Y también, claro, la exactitud de los castigos para aquellos que las infrinjan.

Gloriosos, los mediodías.

Todos juntos.

Comiendo, bebiendo, conversando, divirtiéndonos y decidiendo qué haremos o dejaremos de hacer en el barrio. Sin que ningún humano de más de un metro y medio de altura nos mire de reojo o haga chistes malos o nos señale con el dedo índice.

Nada de autoritarismos.

Nada de liderazgos.

Hasta el cargo de administrador del consorcio es votado en esas asambleas. Si resulta que yo he sido siempre el administrador, se trata, seguramente, de que sé manejarme entre los números y los otros o no saben o confían en mis cuentas. No mucho más que eso. También, quizá, que los enanos solemos ser bastante conservadores. No nos gusta nada el mundo tal cual es, pero al mismo tiempo da la impresión de que no queremos cambiarlo.

Suena raro.

Lo sé.

Muy raro.

Sin embargo, ¿acaso no ocurre exactamente lo mismo con el resto de los mortales más altos que nosotros?

Y una última aclaración.

A los enanos no nos cuesta empezar. Nacemos igual, exactamente igual, a como nacen aquellos otros seres humanos que no son enanos. Pero paramos. Nos detenemos bastante tiempo antes que los demás. Mucho antes. De algún modo, sabemos comenzar pero no sabemos continuar. Ni terminar. Dejamos de crecer cuando los otros siguen haciéndolo. O crecemos hasta cierto punto, mejor dicho. Por eso, quizá, también me ocurre algo parecido con la tortuosa escritura de estas páginas. No sé.

Robles nos pasó las copas y nos pidió que nos sentáramos. Por supuesto, los taburetes de la barra eran demasiado elevados para nosotros. Y eso enfureció todavía un poco más a Perico. Suele tomarse todo a pecho. Suele pensar que los más altos están todo el tiempo gastándole bromas. De todas maneras, la cosa no pasó a mayores: mientras que con una mano le tapaba la boca a Perico, me apuré a contestarle al señor Robles que preferíamos quedarnos de pie, que habíamos estado sentados durante todo el día, que muchas gracias por las bebidas.

Igual, creo que el tipo se dio cuenta de su error.

De inmediato, dejó la parte de atrás de la barra y nos invitó a pasar a una mesa.

Ahí sí pudimos sentarnos y enseguida Perico volvió a preguntarle para qué nos había citado. Robles hizo un largo rodeo. Dijo que sabía perfectamente que siempre habíamos trabajado en circos, que lo que tenía para ofrecernos no era lo mismo, que se trataba de otro público, de mujeres adultas con ganas de divertirse y no de familias con sus hijos, pero que si bien en un principio podía parecer muy diferente, en realidad no lo era: las mujeres que concurrían en grupos a su local nocturno se comportaban exactamente igual que los niños.

No soy tonto.

Soy precavido.

Lo aviso porque a veces la gente confunde desde cierta facilidad una cuestión con la otra. Creo que todavía no conté, por ejemplo, que cierro las canillas en donde nacen las cataratas por la mañana, inmediatamente después de revisar que todo haya funcionado bien. Lo hago para no malgastar el agua y para cuidar la estructura. Y a la noche, entonces, hago la tarea exactamente inversa: primero abro las canillas y luego camino al costado de las cañerías a fin de supervisar que no hayan sufrido ningún daño, por mínimo que sea, a lo largo de ese día. También ocurre que me gusta dormirme

oyendo el ruido monótono del agua cayendo en cataratas.

Algunos de mis vecinos se ríen de que me tome semejante trabajo día tras día.

No me importa.

Soy precavido. Soy prudente. Y aunque a esta altura de la conversación con Robles ya sé de qué se trata el local en el que estamos sentados compartiendo unos tragos, todavía no atino a descubrir cuál sería la tarea que quiere ofrecernos. Tampoco sé cómo va a reaccionar Perico a la hora de enterarse de la propuesta.

Por eso no me apuro.

Lo dejo hablar.

Sospecho que Robles sabe lo que hace, que ya se ha dado cuenta del oscuro carácter de Perico y que hará lo imposible por presentar el asunto de la manera más elegante, de la manera en que mi compañero pueda aceptarlo.

Y lo hace.

En un tono cálido, hasta cariñoso si se me permite la expresión.

Asegura en voz muy baja que apenas descubrirnos ayer, animando la fiesta de cumpleaños infantil, se le ocurrió una actuación para nosotros; explica que su local está abierto todas las noches menos los lunes, que se desarrollan varios números durante cada función, pero que el nuestro sería el estelar, el momento más alto de la noche. Perico, que parecía haberse dejado ablandar por la novedosa amabilidad del hombre, escuchó la palabra «alto» y volvió a sobresaltarse, me miró enojado y enseguida le pidió de muy mala manera a Robles que cuidara un poco sus adjetivos, que no aceptaría ningún agravio más, que ya estaba bien, que se fijara en lo que decía.

Carlos María Robles le pidió disculpas.

Aunque, seguramente, no entendiera muy bien el motivo de esas disculpas que acababa de pedirle.

Y fue al grano. De inmediato, para no cometer ningún novedoso error gramatical que enfureciera a Perico, nos ofreció trabajo como *strippers* en su local. Agregó que por eso nos había hecho venir tan tarde, que le gustaría invitarnos a cenar en un restaurante cercano, para conocernos mejor y para que, luego, nos quedáramos a la función de esa noche y descubriéramos con nuestros propios ojos cómo hacían su rutina los otros *strippers* y aprendiéramos el oficio.

Aclaró que era una tarea sumamente sencilla, que no tenía secretos, que se ganaba mucho dinero, no solo lo que él nos iba a pagar, sino, también, lo que las generosas mujeres del público nos iban a dejar como propinas, y que, si estábamos de acuerdo, si al final de la noche aceptábamos el empleo, sin pérdida de tiempo empezaríamos a trabajar la noche siguiente.

Sigo sin poder arribar al punto del conflicto. Es más, me da la impresión de que estoy lejísimos. Sin embargo, no me queda otra opción: por lo general las cosas pasan porque antes pasaron otras. Ocurre casi siempre así.

Podría haber comenzado por el final.

Contar que una mañana, justo cuando estaba a punto de levantarme de la cama para cerrar las canillas que dan origen a las cataratas, irrumpieron en el barrio cinco coches de la policía con sus sirenas encendidas preguntando por Milagritos León. Que me esposaron y me metieron en uno de los patrulleros. Sin darme siquiera una explicación.

Podría.

¿Pero de qué serviría si no detallara todo lo que ocurrió antes de esa desgraciada mañana?

De todas maneras, intentaré adelantarme, no detenerme en detalles menores, si no estas páginas van a resultar infinitas.

Comenzar en otro momento, por ejemplo.

Cuando ya estamos, Perico y yo, subidos al escenario del local o paseando entre las mesas repletas de mujeres.

Entre los altos el mito existe: parece que los enanos machos tenemos un sexo de exageradas dimensiones. Otra desproporción u otra deformidad, mejor. Una monstruosidad más. Una que, incluso, no se ve, no puede palparse. Pero que la gente presume como cierta. Es más, la gente no enana está convencida de ello.

De ahí el ofrecimiento de Carlos María Robles.

Sus simpáticas clientas, por fin, podrían constatar a partir de sus propios ojos y de sus propias manos, con absoluta libertad para hacer y para deshacer, la verdad acerca de aquel mito tan arraigado en la sociedad.

Había un problema, sin embargo.

Si bien Perico está muy bien dotado, yo no.

Claro que Robles no le dio ninguna importancia al asunto. Como siempre, se rio a carcajadas. Nos explicó que la gente ve solo aquello que quiere ver, que solo encuentra aquello que está predispuesta a encontrar. O, al menos, eso era lo que había descubierto de la gente, casi siempre mujeres pero también algunos hombres homosexuales, desde que había abierto su negocio nocturno.

Entonces.

Estamos arriba del escenario. Perico disfrazado de Batman y yo disfrazado de Robin. Caminamos en círculos, golpeándonos el puño derecho contra la palma abierta de la mano izquierda, Perico gritando recórcholis y yo gritando santo calor, Batman. Se parece al circo, lo único que escuchamos son risas a nuestro alrededor. Perico grita que no aguanta más, que el Guasón ha encendido los calefactores al máximo, que habrá que desvestirse, que si no nos

desvestimos rápido vamos a morir sofocados.

Comenzamos.

Él me quita la capa y yo hago lo propio con la suya. Y así sucesivamente con el resto de las prendas que conforman los disfraces. Robles explica que a las mujeres y a los maricas les gusta más que los *strippers* se desvistan los unos a los otros, y si es forzándose mutuamente, negándose a viva voz, mejor todavía. Por eso. Vamos arrancándonos, una por una, toda la ropa que llevamos puesta. Con enojos. Con gritos. Defendiéndonos de las manos del otro. Exagerando que no queremos por nada del mundo que el otro nos haga aquello que nos está haciendo.

Las risas se van calmando.

Casi en la misma y exacta proporción en la que nuestros disfraces van cayendo al piso.

Incluso comienzan a parecer nerviosas, esas risas. Se lo nota, se lo siente, se lo respira en el ambiente, cuando finalmente solo quedamos, frente a frente, de perfil al público, con una mínima zunga de color negro cada uno.

Así que.

En medio del más absoluto de los silencios, tiro de la cuerda que apenas si sostiene por uno de los lados el taparrabos de Perico, mi compañero deja en exhibición por unos cuantos segundos el exagerado tamaño de su cosa y, antes de que alcance a taparse, yo ya ando entre las mesas repletas de mujeres pidiéndoles protección.

Perico me persigue.

Pero, claro, nunca me alcanza.

Pierde demasiado tiempo en dejarse manosear por las mujeres. Y también en recibir y acomodar cuidadosamente entre las hendijas de su zunga los muchos billetes que la generosidad femenina le regala.

A mí también.

No tanto como a Perico, lo reconozco, pero igual recibo lo mío. Muy a pesar de las escasas dimensiones de mi pene.

Pene enano, lo bautizó Robles aquella noche primordial en que después de cenar y, antes de que comenzara la función en la que deberíamos aprender los secretos más recónditos de nuestra inminente nueva profesión, nos pidió que bajáramos nuestros pantalones, que no lo tomáramos a mal, que por favor, que le

resultaba imprescindible conocer el material con el que contaba para imaginar el guion que actuaríamos.

Pene enano.

Y carcajadas.

Y a sus carcajadas les siguieron casi de inmediato las risas de Perico. Y enseguida las mías. Ningún enojo de mi parte, jamás creí que tuviera algún sentido enojarse con la realidad de lo que soy, no habría podido sobrevivir. Solo me habría enojado si el tipo hubiese usado algún diminutivo. Pero no. No lo hizo. Fue muy cuidadoso en la elección de sus palabras.

Pene enano.

El truco que imaginó Robles resulta bastante sencillo de explicar.

Hasta fácil, en cierto sentido.

El que se desnudaba por completo durante unos pocos segundos era Perico. Yo no. Nunca. Jamás dejaba que Perico me alcanzara ni que ninguna de las clientas me quitara en un rapto de alegría la diminuta zunga de color negro.

Robles me modeló un poderosísimo pene.

Lo hizo a partir de uno de esos conos de cartulina alrededor del cual viene enrollado el papel higiénico. Al cono supo agregarle una pelota pequeña de goma dura a la que le había hecho un tajo en uno de sus lados y que había encastrado con esmero justo en la punta del cono. Todas las noches, antes de salir a escena, yo me pegaba con una cinta adhesiva el falso pene al verdadero dentro del agujero inferior y enseguida me lo acomodaba bien dentro de la tanga.

Y listo.

En eso era en lo que consistía el truco.

El éxito de nuestro número fue colosal. Siempre hacia la mitad de la noche, nuestra irrupción provocaba los mayores aplausos y alaridos y risas de la concurrencia. Tanto resultó el éxito y tanto el dinero que se amontonaba en nuestras respectivas zungas que, a los pocos días de habernos convertido en *strippers* profesionales, Perico y yo decidimos iniciar la construcción de las primeras dos casas de lo que, unos meses más tarde, sería el barrio privado.

La casa de él y la mía.

Pero para contar eso, claro, voy a necesitar de otro comienzo.

Tampoco es que lo hayamos decidido a conciencia. En realidad, el problema no era otro que el exceso de dinero. No sabíamos qué hacer con él. Dónde guardarlo. O dónde esconderlo, mejor. Lo primero que se nos ocurrió fue contratar a un par de tipos que nos hicieron una perforación y nos construyeron una suerte de torre con un tanque de agua en la cima.

Queríamos agua.

La necesitábamos.

Las casas vendrían después. Claro que, a pesar de nuestra necesidad y de la magnitud de semejante obra de ingeniería justo en el centro del terreno, no la teníamos. Faltaba la electricidad que le permitiera al motor de la bomba extraer el agua de las profundidades. No habíamos tenido en cuenta ese pequeño detalle. Entonces, con el trabajo terminado y sin agua, empezamos a visitar casi todos los días la sede de la compañía eléctrica a fin de solicitarla; enviamos cartas, llamamos por teléfono, les gritamos a las caras de las empleadas, más etcéteras y etcéteras. Pero nada. Seguíamos sin luz. Hasta que una noche, involuntariamente, le contamos nuestras penurias al señor Robles. De inmediato, Robles se comunicó por teléfono con alguien muy importante y, a cambio de desarrollar nuestro número estelar en una fiesta privada unos días más tarde, nos instalaron la luz.

La luz y el agua.

Y las tortuosas maneras en que se consiguen las cosas esenciales en este mundo repleto de personas de más de un metro y medio de altura. Lo siento, pero el mundo siempre me ha quedado grande e incomprensible.

La mujer llegó acompañada de un hombre que sostenía una cámara y un trípode. Se bajaron de un coche que tenía pintadas algunas palabras o siglas en sus lados y comenzaron a gritar.

Buenos días, mi nombre es Eliana.

Soy periodista.

¿Podríamos ingresar?

Nos gustaría hacerles algunas preguntas.

Es un rato, nomás.

Por favor.

Me asomé a la ventana de la habitación. Los vi y también vi que Perico no daba señales de vida. En aquel tiempo, su casa quedaba a escasos cuatro o cinco metros de la entrada al predio; a escasos cuatro o cinco metros de donde la mujer que decía llamarse Eliana estaba gritando desaforadamente. Perico había elegido ese lugar para construir su casa porque le quedaba más cómodo, más cerca a la hora de volver cansado del trabajo. Por vagancia, había elegido ese sitio y no cualquier otro. En su momento, por supuesto se lo dije. Sin embargo, argumentó que no era falta de ganas de caminar, que de ninguna manera, que todo lo contrario, que le gustaba esa esquina, que por favor yo construyera mi casa en el extremo opuesto, que hacía un montón de años que dormíamos pegados el uno al otro, que nos iba a venir muy bien a ambos un poco de distancia y que no era vagancia, que entre otras cosas sería él y no yo quien, en el futuro, se encargara de atender a las visitas cuando se presentaran.

No le creí.

Perico es bastante menos sociable que yo.

Lo conozco bien.

Tanto que ahora que habían llegado las primeras visitas en meses no solo no daba señales de vida, sino que había bajado las persianas de sus dos ventanas apenas alcanzó a escuchar los primeros gritos de la mujer.

Entonces, fui yo.

Me acerqué, les di los buenos días y les pregunté qué era lo que deseaban.

La mujer no era exageradamente alta, lo cual me dio cierta tranquilidad. Metro sesenta y cinco, metro setenta, más o menos. El tipo que cargaba la cámara y el trípode, en cambio, medía cerca de los dos metros, estaba justo en el límite entre la normalidad y el gigantismo. Por eso no les abrí la tranquera. Preferí mantenerlos a cierta distancia. Por las dudas. Repito que soy muy prudente. Muy cuidadoso.

La mujer hablaba sin parar.

Entre tantas palabras, apenas si entendí que se había enterado por un amigo que vivía en la zona de que dos enanos habían comprado un terreno y edificado un par de casas muy pequeñas, muy bajas; que ese mismo amigo había escuchado en la carnicería que nuestra idea era construir un barrio cerrado de enanos, que le había encantado el asunto y que deseaba hacerme una entrevista para el canal local de noticias.

No supe qué contestarle.

Si bien era verdad que Perico y yo éramos enanos y también era verdad que habíamos hecho nuestras respectivas casas, jamás se nos había pasado por la cabeza la idea de construir un barrio cerrado. Para ser completamente sincero, esa mañana, al escuchar a la mujer que hablaba sin parar desde el otro lado de la tranquera, todavía sin abrir por precaución, la idea me pareció una perfecta locura. Ella, mientras tanto, aprovechó mi perplejidad silenciosa para contarme que había nacido en Mendoza, en el departamento Las Heras, rodeada de montañas y de cascadas y de nieve, que hacía apenas unos años que se había mudado a la costa atlántica para trabajar de periodista, que si la observaba bien, me daría cuenta de que el color de su piel tiraba al marrón y no al blanco, que ese pigmento no había llegado de Europa en un barco, que no, que ella era descendiente directa de los huarpes, de los aborígenes que habitaban la región de Cuyo desde mucho antes de la llegada de los españoles, que no tuviera temores, que la mirara bien, que me tomara mi tiempo para observarla, que de esa manera me daría cuenta de que ella conocía bastante de humillaciones y de discriminaciones, que sería incapaz de hacerme ningún daño.

Entonces, la miré.

La observé tan bien como ella me había pedido que lo hiciera.

Eliana era una tremenda mujer. Una huarpe enteramente hermosa. Mujerón completo. Con sus amables montañas y sus valles y unos labios carnosos y húmedos y voluptuosos y deliciosos que no paraban de moverse por debajo y por encima de las palabras que se colaban, infinitas, por entre sus intersticios. Unos labios que se parecían a un par de enormes olas que iban y venían cargadas de sal marina. No había nada, a no ser su perfección, que la hiciera peligrosa.

Por supuesto, de inmediato abrí la tranquera y los dejé ingresar.

Nunca supe, ni nunca pude, negarme a la belleza.

Sospecho que, completamente enamorado de la aborigen en cuestión ya a esa tan escasa altura de los acontecimientos, invité a ambos, a ella y a su enorme acompañante, a pasar a mi casa para charlar con más comodidad.

No fue así, claro.

Tendría que haberme dado cuenta.

Si bien la señorita podía caminar dentro sin agacharse, el camarógrafo no. Con Perico habíamos decidido construir nuestras respectivas casas de un metro y ochenta centímetros de altura. No necesitábamos más. Así resultaba mucho más barato y estábamos hartos de habitar en sitios con techos altísimos, desproporcionados para nosotros. Estábamos hartos de vivir en sitios que no estaban pensados para enanos.

Entonces.

Preparé una jarra de café, llené un plato con galletitas dulces, coloqué una sábana en el jardín, cerca de las cataratas, y les pedí que fueran a desayunar conmigo allí. Tampoco se trató de una casualidad el sitio que elegí para el pícnic. Supongo que al mismo tiempo de pensar en la confortabilidad de mis huéspedes, también intentaba impresionar a la muchacha huarpe con mis grandiosas cataratas.

Pero no.

No la impresioné.

Casi ni se fijó en ellas.

Aunque debo reconocer que mis cataratas no impactan de igual modo desde dentro de la cocina enmarcando el sol del amanecer que desde fuera enmarcando la nada. Igual, su absoluta insensibilidad para con mi obra de arte hidráulica en algún sentido me decepcionó.

No hizo el menor comentario.

Nada.

Apenas terminar de sentarnos sobre la sábana, le ordenó al

gigantón que encendiera la cámara y comenzó a hacerme una pregunta tras otra. Cómo me llamaba, cuántos años tenía, quién habitaba en la otra casa, en qué había trabajado antes y en qué trabajaba en la actualidad, cómo habíamos decidido comprar el terreno en el que estábamos tomando café y comiendo galletitas dulces, por qué habíamos edificado unas casas tan bajas, por qué el tanque de agua que ocupaba el centro del predio era tan grande, cuántos litros de agua podía albergar semejante recipiente, qué proyectos teníamos para el futuro, más etcéteras y etcéteras.

Después.

Me pidió permiso, se lo di y, de inmediato, mandó al muchacho a que, seguramente agachado o de rodillas, filmara dentro de mi casa, en las inmediaciones del tanque de agua y, a una distancia prudencial, también la casa de Perico.

Los acompañé.

Tenía miedo de que si los dejaba solos, apareciera Perico y les armara un escándalo. Aunque tampoco tenía ganas, a decir verdad, de perderme la posibilidad de caminar algunos minutos al costado o unos pasos detrás de semejante mujer. Qué lindo que caminaba, cuánta armonía en sus larguísimas piernas. Y qué impresionantes sus labios, aun cuando permanecieran cerrados.

El primer comentario de la entrevista lo recibí, un par de semanas más tarde, por boca del señor Robles. Me dijo como al pasar, sin darle mayor importancia, que su mujer me había visto por la televisión. Yo lo escuché y, a modo de retribución, tampoco le di ninguna importancia al hecho de que aparentemente tuviera una única mujer: a lo largo de los meses, lo había visto con demasiadas en el local.

Sin embargo.

Ese fue solo el comienzo.

Con el correr de los días, la cosa se desmadró. El local recibía más del doble de gente de lo que acostumbraba. Gente que solo venía para vernos actuar a nosotros. Ocurrió que, unos días después, un canal de Buenos Aires tomó la nota de Eliana y la pasó en el noticiero central de las ocho de la noche. También se viralizó en internet.

Éramos famosos.

Yo, que había dado la cara para la entrevista, incluso bastante más que Perico.

Las clientas coreaban mi nombre desde que se sentaban a las mesas. Y, como nunca había acontecido antes, ya no solo venían mujeres en grupos o maricas, también venían muchas parejas de las que uno se encuentra en el supermercado haciendo la compra.

Éramos un éxito.

Y los éxitos se pagan.

Perico encaró a Robles y le pidió el doble de paga. El doble o nada, le dijo. A Robles no le gustó. Ni el pedido de Perico ni los modos en que había sido formulado. Se quejó. Nos gritó que él nos había sacado de la indigencia, que éramos unos malagradecidos, que se nos habían subido los humos a las cabezas.

Pero aceptó.

Por supuesto que aceptó.

Una de esas noches de éxito descomunal, vino Eliana con un grupo de amigas a ver la función. La descubrí apenas salir al escenario. Me dio un poco de vergüenza. Creo que hasta me puse colorado. Fue una de mis peores actuaciones como *stripper*. Seguro. Llegaba tarde a darle los pies a Perico y tuve que tirar de la cuerda bastante más de lo habitual para hacerle caer la zunga.

No podía parar de mirarla.

Siempre de reojo, claro.

Eliana estaba preciosa. Con un vestido de algodón blanco muy escotado, un collar con piezas de varios colores, los labios pintados de naranja y una suerte de rodete o de cola que le amontonaba el pelo sobre la nuca.

Se reía a carcajadas.

Y no me sacaba los ojos de encima. Casi ni atendía a Perico.

Por supuesto, apenas caer la zunga de mi compañero aproveché para salir corriendo en dirección a su mesa. Quería saludarla. Observarla de cerca. Y hasta olerla, si era posible. Pero casi no me dejó. Apenas estuve a menos de medio metro de distancia, y sin la menor timidez, apoyó su mano sobre la cartulina, la acarició una y otra vez mientras no dejaba de reírse y de gritarles barbaridades a sus amigas.

Sospecho que estaba borracha.

Además de hermosísima.

Y sospecho, también, que justo esa noche la cartulina no me hacía ninguna falta. Tenía una erección formidable y habría preferido, de haber sabido con anterioridad de su visita y de sus ganas de palparme, que Eliana lo hiciera de verdad.

Tanto y tanto era el dinero que juntábamos durante aquellas noches de fama que decidimos comenzar a construir un salón debajo del tanque de agua. Un salón muy amplio, así lo quiso Perico sin dar ninguna explicación al respecto de para qué lo quería tan amplio siendo que éramos solo él y yo quienes lo íbamos a utilizar.

Igual, aprobé su idea.

Nunca lo había visto tan motivado con algo y me pareció que era acertado aceptar su deseo si eso lo hacía feliz.

Sin embargo, su edificación demoró bastante más de la cuenta. La primera de las interrupciones se originó el día en que nos dimos cuenta de que buena parte de los habitantes de Miramar habían encontrado cierto placer, o cierta morbosidad, en pasar muy lentamente con sus coches para observar desde la ruta lo que hacíamos o dejábamos de hacer. Perico se puso furioso y la única manera de calmarlo fue aceptar que los albañiles que estaban construyendo el salón dejaran de hacerlo para levantar de inmediato un paredón de dos metros de altura a lo largo de todo el perímetro del terreno.

Es necesaria una muralla que nos defienda de estos imbéciles, pedía Perico.

Y yo acepté también en esta ocasión.

Nunca se sabe de lo que es capaz Perico cuando se enoja. Por eso acepté. Y se me ocurre que sería interesante que aquellas altas autoridades judiciales que determinaron que yo era el líder de no sé qué o que había hecho no sé qué cosa, atendieran a mi recurrente aceptación de cada uno de los deseos de Perico.

No sé.

Me parece.

La siguiente interrupción en la construcción del salón del tanque ocurrió incluso antes de que los albañiles completaran el último de los costados de la muralla. Por lo tanto, y para ser del todo preciso, más que una interrupción quizá debería llamarla postergación.

Entonces.

Para ser claro.

La primera fue una interrupción, y la segunda, una postergación.

Una mañana, los albañiles me llamaron a los gritos. Me asusté. Pensé que alguno de ellos había tenido algún accidente. Me acerqué corriendo, a medio vestir, la noche anterior habíamos trabajado hasta bien tarde, habíamos tomado algunas copas de más, y aunque me había puesto el despertador para mirar el amanecer desde mi ventana, evidentemente no lo había escuchado o lo había apagado sin darme cuenta y había continuado durmiendo.

Pero no.

No había sido un accidente.

Hay un amigo que lo busca, me informó uno de los albañiles riéndose a carcajadas. Por supuesto, no se trataba de ningún amigo. Era un tipo, todo transpirado y rodeado de bolsos, que preguntaba por el señor Milagro León. Unos minutos después, supe que se llamaba Carlos Fuentes. Era un enano todavía un poco más enano que yo. Y más cabezón, si cabe la posibilidad.

Lo hice pasar a mi casa.

Y al rato, de la nada, apareció Perico.

Carlos Fuentes tenía una historia de vida muy parecida a la de cualquiera de nosotros dos. Se había marchado muy temprano de su casa con un circo que había pasado por su pueblo, había trabajado de enano un montón de años y estaba enteramente harto de trabajar de enano.

Por eso.

Apenas ver por internet la entrevista que me había hecho la hermosa Eliana, no lo pensó ni un segundo, metió sus escasas pertenencias en un par de bolsos y viajó hasta Miramar con la única intención de vivir con nosotros.

Perico no entendía.

Sabía de la entrevista, por supuesto.

Y también del furor que esa entrevista había generado en la gente. Lo que no sabía, claro, era que durante la entrevista la periodista huarpe había hecho quizá demasiado hincapié en que un amigo le había contado que estábamos construyendo un barrio cerrado de enanos. Aunque yo negué, una y otra vez, semejante asunto, evidentemente Carlos Fuentes le había creído más a Eliana

que a mí. Suele pasar: resulta realmente muy difícil no creerle a la belleza. Casi imposible.

Temí lo peor.

Que Perico, después de escuchar a Fuentes, se lanzara sobre mí y no se detuviera hasta asesinarme a trompadas.

La reacción de mi compañero, sin embargo, fue bien distinta. Hasta increíble, en un punto. Se levantó de un salto de la silla en la que había estado sentado escuchando a Fuentes en perfecto silencio, lo fue a buscar a él y no a mí, y lo abrazó durante un rato interminable. Después se separó y, en voz alta, como para que también yo lo escuchara, le dijo que era muy bienvenido, que sin perder tiempo debía comenzar a construir su propia casa, la primera casa de su vida.

Me emocioné.

Me levanté yo también de un salto de la silla donde estaba sentado observando la escena y los tres nos fundimos en un cálido abrazo.

El barrio, entonces, comenzó a ser un hecho. Sin que nadie lo imaginara, salvo aquel supuesto amigo de Eliana, la periodista, que lo escuchó de boca de un carnicero. Empezó aquel día en ese abrazo tripartito y silencioso dentro de mi casa. Un abrazo que ignoraba por completo su propia y futura significación.

Hubo que contratar más albañiles.

Casi de inmediato.

Porque a Carlos Fuentes le siguieron otros. Mario Vargas, Alejo García, Augusto de la Calle, Nelson Ferracio. También una pareja, los Cura, Susana y Alberto. Y un par de mujeres: Titi Figueroa y Cristina Viatri. Un montón de enanos y de enanas que, por obra y gracia de la televisión o de internet, se habían aventurado a soñar con que otra vida era posible.

El terreno era un caos.

Y un vértigo, al mismo tiempo.

Albañiles yendo y viniendo de un lado para el otro, montañas de materiales desparramados por los cuatro costados, mucho entusiasmo, muchas ganas, pero también discusiones interminables y gritos y problemas humanos de lo más diversos. Entonces, no me quedó otro remedio que llamar a la primera asamblea. Había que poner orden rápidamente o todo podía desbarrancarse a partir de cualquier chispa que iniciara un incendio.

Nos reunimos en el salón del tanque.

Aunque todavía no estaba terminado, claro.

Era mediodía, hacía calor y cada una de esas historias de vida enana fue llegando y sentándose en el piso o quedándose por ahí, de pie. Solo había, en aquel entonces, una mesa y un par de sillas. En una de las sillas se sentó Perico y en la otra me senté yo con un cuaderno y una lapicera en la mano. Creo que correspondía la diferencia que establecimos: además de los anfitriones, sobre todo éramos los originarios dueños del lugar. No sé. Creo que correspondía. Durante la reunión, y en los días siguientes, hubo

comentarios muy adversos hacia esa aparentemente arbitraria disposición de los asambleístas. Tantos que, para la segunda reunión, se decidió por mayoría sortear quiénes se sentarían en las dos sillas hasta que hubiera la cantidad de sillas necesarias para que todos pudiésemos permanecer cómodamente sentados durante las asambleas.

No es fácil la convivencia entre enanos.

No.

De pie, a menos de dos metros de distancia de donde compartíamos el lugar central con Perico, erguidas sobre unos zapatos de tacos altísimos, Titi Figueroa y Cristina Viatri no habían aceptado por nada del mundo sentarse en el piso. No deseaban ensuciarse sus costosos vestidos, argumentaban. De más está decir que les parecía muy mal que nosotros, me refiero a Perico y a mí, no les cediéramos los asientos, repetían que ellas eran unas damas y nosotros no dábamos la impresión de ser unos verdaderos caballeros. Hablaban mucho. No paraban de hablar. Me costó un montón hacerlas callar para que los demás pudiesen contar sus historias. Lo logré, finalmente, a partir de ser extremadamente duro. Tuve que ponerme de pie y gritar más fuerte que ellas que el hecho de que hubieran llegado hasta nuestro terreno después de un larguísimo viaje no determinaba que fueran aceptadas sin más por el grupo, que eso habría que verlo y que, si bien yo no tenía ningún prejuicio en contra de las mujeres que ejercían la prostitución en la lejana Patagonia, como era el caso de ambas, tampoco el ejercicio de esa profesión en un lugar tan alejado y tan inhóspito del mundo las hacía más especiales que los demás y que o bien se comportaban en un pie de igualdad con el resto de los que habían llegado hasta allí por esos mismos días o, lamentablemente, tendrían que marcharse por donde habían venido.

Recién ahí se llamaron a silencio.

Y los demás pudieron hablar.

Los Cura eran de Buenos Aires, tenían un quiosco en el barrio de Constitución y no les iba nada mal. Si decidieron venir fue porque percibían que la gente concurría a su negocio solo porque eran enanos. Habían ideado una estructura piramidal que permitía que los clientes pudieran observar sus cabezas por encima de los caramelos y de los chocolates, de los cigarrillos y de las más

diversas golosinas. Pero algunos clientes eran tan malos, según su opinión, que en lugar de tomar directamente con sus manos aquello que deseaban, les exigían que fueran ellos quienes se lo alcanzaran. Solo pretendían verlos sufrir cuando no podían llegar hasta el objetivo con sus cortos brazos. Los muy degenerados solo pretendían eso, juraba Susana con lágrimas en los ojos, sentada sobre unos ladrillos, desde un rincón bastante alejado del salón del tanque a medio terminar, mientras Alberto Cura no dejaba de palmearle la espalda y de acariciarle el pelo.

De Carlos Fuentes, que fue quien tomó la palabra inmediatamente a continuación de Susana, ya escribí antes y no quiero repetirme. Necesito avanzar o no terminaré nunca de contar aquello que las autoridades me pidieron que cuente.

Entonces.

Nelson Ferracio era italiano. Había venido al país a visitar a un tío lejano que, cuando lo vio tan enano a través de la mirilla de la puerta de su departamento, ni siquiera le abrió. Sin embargo, decidió quedarse. Consiguió empleo como mozo en un ristorante italiano muy concurrido del barrio de San Cristóbal, en Buenos Aires, y le gustó. Le gustó la propina que le dejaban los clientes y, sobre todo, le gustó que lo llamaran Nelson y no enano, como lo llamaban en su pueblo natal, allá en Italia, cerca de Nápoles.

Mario Vargas fue, quizás, el menos dramático de todos. Solo nos contó el último de sus empleos. Doce horas por día, incluidos los feriados, debía pasearse por las avenidas del norte del Gran Buenos Aires con un disfraz de gomaespuma que llevaba dibujado el signo pesos. Junto a él, caminaba un muchacho con zancos que portaba un banderín larguísimo con la leyenda *Calidad*. La idea del supermercado era bastante obvia: los más bajos precios y la más alta calidad en los productos que ofrecían. Se complicaba en verano, claro. Demasiado calor para llevar durante doce horas seguidas un traje de gomaespuma. Sin embargo, Vargas no se quejaba. Es más, estaba convencido de que había sido el mejor de los trabajos que había tenido en su vida: además de una paga semanal, le daban la comida y, por las noches, lo dejaban dormir en un rincón del súper. De todos modos, por más que insistimos, no quiso decir una sola palabra acerca de sus anteriores empleos.

Alejo García y Augusto de la Calle habían llegado juntos. Y

también hablaron juntos. Pisándose entre ellos. Uno comentaba algo y enseguida el otro agregaba apenas un detalle de lo dicho con anterioridad por el primero. De algún modo, constituían una suerte de dúo que se parecía en mucho al dúo que conformábamos Perico y yo. También ellos habían trabajado en circos y se conocían desde hacía muchísimos años. La única diferencia más o menos visible con nosotros era que se llevaban bastante bien. Se respetaban mutuamente.

Parecían humildes y simpáticos.

Y tremendamente educados.

Creo que les envidié un poco la amistad que habían sabido construir. Tan distinta a la que habíamos edificado, a regañadientes y a duras penas, Perico y yo.

Ahora que he presentado a todos los habitantes del barrio, se me ocurre otro comienzo para estas páginas.

Uno mejor, creo.

Allá voy.

Los enanos no somos todos iguales. Como tampoco los chinos son todos iguales aunque lo parezcan. Tenemos nuestras diferencias sustanciales. Al igual que los chinos. Si bien en un principio se considera enano a todo aquel ser humano que no supera el metro y cuarenta y siete centímetros de estatura, la contextura física de cada enano puede ser muy disímil según el caso de que se trate.

Por un lado, están los denominados bien formados.

Y, por el otro lado, están los deformados o mal formados.

Siempre según las normas científicas impuestas unilateralmente por los hombres y las mujeres de más de un metro y cuarenta y ocho centímetros de altura. Nunca se nos ha permitido a nosotros realizar una taxonomía más o menos rigurosa del género humano. Jamás. Y no creo que este sea ni el momento ni el lugar para hacerlo, no es lo que me han pedido las autoridades. Pero, por caso, podríamos tomar como parámetro la anchura en vez de la altura. ¿A esos mismos científicos tan interesados en clasificar a los enanos se les ha pasado por la cabeza la existencia de los gordos bien formados en contraposición a los gordos mal formados? ¿O acaso todos los gordos son iguales?

Es inútil.

Lo sé.

Los científicos del mundo deciden lo que deciden acerca de aquello que quieren decidir y no hacen absolutamente nada respecto de aquello que no les interesa. Quizá porque no son enanos y sí pueden convertirse, el día menos pensado, en gordos completamente deformes.

Dentro del barrio, entonces, Nelson Ferracio, Susana y Alberto Cura son los únicos que entrarían dentro del grupo de los enanos

bien formados. Miden alrededor de un metro cuarenta o un metro y cuarenta y cinco centímetros de altura, no puedo saberlo con exactitud porque nunca me tomé el trabajo de medirlos. No son chuecos ni son cabezones ni son desproporcionados. Solamente son más bajos que la media del resto de la humanidad.

Es raro.

Muy raro.

Si alguno de los dichosos científicos que se han preocupado tanto por definir y clasificar el enanismo me hubiera preguntado a mí, jamás yo habría incluido a Nelson y a Susana y a Alberto dentro del mismo colectivo en el cual yo me incluyo. Para mí, que miro al resto del universo desde tan abajo, Nelson, Susana y Alberto son exactamente iguales a aquellos que miden apenas un puñado de centímetros más que ellos.

Muy raro.

Odioso.

Sin embargo, ahí están. Y como están ahí, dentro de esa clasificación, se sienten ellos mismos más similares a nosotros que a los demás.

No sé.

A mí no me lo parece.

Pero, bueno, lo cierto es que yo pertenezco, indudablemente, al segundo de esos grupos que han decidido los científicos. Al de los deformados o mal formados. Al más auténtico de los dos grupos, se me ocurre. Al más específico y al más nítidamente enano, también. Mido un metro y veintidós centímetros de estatura. Ni un milímetro más, ni un milímetro menos. No soy de los enanos que andan mintiendo centímetros para aparentar. Mido eso y punto. Además soy chueco. No tanto como otros, bastante menos. Y para desmitificar algunas cuestiones, aviso que hay bromas que solemos gastar entre nosotros respecto de la chuequera: se dice que a más chuequera, sexo más grande. Se trata de una broma, nomás. Si bien en mi caso podría ser verdad, ya lo he avisado, resulta del todo inaceptable una generalización, conozco varios casos de enanos chuequísimos con penes todavía más pequeños que el mío. Incluso entre los integrantes del barrio. Aunque, por supuesto, no pienso dar nombres, no sería decente de mi parte.

Tengo, también, las piernas mucho más cortas que el tronco.

Mucho más.

Y una cabeza gigante con una interminable y prominente frente hacia el final superior de la cara. Recuerdo que mi madre solía peinarme con flequillo, sobre todo cuando me llevaba hasta la escuela, siempre al tercer año de la primaria, como ya avisé. Repetía que era porque amaba las imágenes que había visto de los Beatles a comienzos de los años sesenta. Pero no. Seguro que no era por eso. Seguro que se avergonzaba de mi enorme cabezota y de mi frente. Estoy convencido.

Soy, entonces, el típico enano deformado o mal formado.

El de los libros científicos.

Salvo Nelson y los Cura, el resto de los habitantes del barrio también son como yo. Un par de centímetros más o menos, un poco más o menos chuecos, un poco más o menos cabezones. Tan deformados como yo, quiero decir. Y no sé, en verdad no lo sé, cómo es que llegué hasta acá cuando lo que me pidieron que escriba es algo completamente distinto. Juro que no lo sé.

Nunca vi un enano rubio. Nunca. En una oportunidad me encontré de casualidad, por la calle, con uno pelirrojo. Con uno solo, con ese que me encontré por la calle, en toda mi vida. Por supuesto que he visto decenas de enanas teñidas. Montones. Sin embargo, un enano rubio o una enana rubia auténtica no. Jamás. Quizá los haya en el norte de Alemania. O en los países escandinavos. O en Rusia. No lo sé. Y tampoco tengo forma de averiguarlo.

¿Por qué?

¿Acaso se lo preguntaron, alguna vez, todos esos científicos tan serios y tan clasificadores?

El nombre del barrio no se fijó en aquella reunión primordial. Tampoco en la segunda ni en la quinta ni en la novena. Ocurrió bastante tiempo después. En otra asamblea cualquiera. Cuando el paredón perimetral ya estaba terminado y solo faltaba colgar un cartel con algún nombre en el portón de entrada para poder recibir la correspondencia que nos enviaran.

Se barajaron un montón.

Y dos llegaron a la final, después de una primera votación.

Nederland y Santa Eliana.

Augusto de la Calle, con la ayuda inestimable de las acotaciones que hacía su amigo Alejo García, fue quien propuso Nederland. Contó que cuando era muy pequeño soñaba con conocer Holanda. Desde el día en que descubrió que, en realidad, Holanda no se llamaba asimismo Holanda sino Países Bajos. Holanda era solo una parte de los Países Bajos, la zona central que da al Atlántico, y que, en el idioma de ellos, el neerlandés, Países Bajos se decía Nederland. En aquel entonces, Augusto imaginaba que se trataba de una región del mundo solo habitada por enanos. Por eso soñaba con conocer ese país, pensaba que era el único sitio del mundo en donde no lo mirarían ni lo señalarían con el dedo por la calle, el único sitio del mundo en donde podría ser feliz. Claro que, con el tiempo, descubrió que no era así, y no solo no era así sino que, por el contrario, los holandeses eran gente muy alta. De todas maneras, le gustaba el nombre para bautizar al barrio. En algún sentido, concluyó, finalmente su sueño infantil se había convertido en realidad aquí.

Fue conmovedor.

Y, a partir de la conmoción general, obtuvo varios votos.

Santa Eliana lo propuse yo. Les recordé que, si estábamos allí reunidos, compartiendo una asamblea, eso solo había sido posible gracias a la intervención de la hermosa periodista huarpe que me había hecho aquella entrevista que, poco después, se había visto en

los canales de Buenos Aires y se había viralizado por internet, que no podíamos ser tan desagradecidos para con nuestra benefactora, que ella estaba en el origen de todo, que se lo merecía, que yo entendía perfectamente la conmoción que había causado el cuento del sueño hecho realidad por Augusto, pero que ese sueño jamás habría podido existir sin aquella entrevista de Eliana, una mujer valerosa, simpática, preciosa, divina y con una boca inolvidable: una verdadera santa de los enanos que nos traería suerte.

Por supuesto, ganó Santa Eliana.

La noche que siguió a ese mediodía de la asamblea la recuerdo muy bien. Habíamos retornado muy tarde de nuestra función en el local de Robles. Estaba muerto de cansancio. Igual me tomé unos minutos para abrir las canillas y así poder ver el milagro de las cataratas por la mañana. Cuando entré a casa, me encontré con una pequeña sorpresa desplegada sobre mi cama. Enteramente desnuda y con los labios pintados de rojo carmesí, estaba Cristina Viatri.

En silencio.

Solo moviendo apenas la desnudez de sus piernas y de sus brazos.

De inmediato, me saqué la ropa a los manotazos, me trepé al colchón y la penetré sin pronunciar, yo tampoco, ni una sola palabra. Una bestialidad, el encuentro. Éramos como dos animales furiosos que solo pretendían hacerse con la carne y con las formas del otro. Casi no dormimos. No nos dejaban los cuerpos. Siempre callados, las manos y las bocas iban y venían, no podían parar de tocar o de tragarse todo lo que podían del otro.

Recién hablamos a la madrugada, mientras mirábamos amanecer el sol entre chorros de agua por la ventana de la cocina. Por qué, le pregunté. Porque me encantan los hombres tramposos, me contestó; los amo, nunca pude detener mis incontenibles ganas de acostarme con ellos, de chuparlos, de entregarles todo lo que tengo y de sacarles todos los jugos que puedo sacarles.

Dijo eso y volvió al silencio anterior.

Miró unos segundos más el amanecer y enseguida se bajó del colchón, juntó su ropa, se vistió y, ya con la puerta abierta, a modo de despedida y con una sonrisa gigante dibujada en la cara, me informó que ella sabía perfectamente que Santa Eliana no había ganado la votación, que solo yo, que había sido el encargado de abrir los papeles y de contar los votos, lo había imaginado.

No sé.

Ahora se me ocurre que el escrito que me pidieron las

autoridades debería haber comenzado por aquí, que todo lo anterior dice bastante menos acerca de lo que pasó después que ese bendito día de la asamblea en que elegimos el nombre del barrio y que terminó de noche, bien tarde, y con Cristina en mi cama solo porque le encantaba que hubiese hecho alguna pequeña trampa en la suma de los votos.

Nada cambió muy rápido, es cierto.

Pero los hechos comenzaron a encadenarse, dejaron de estar aislados entre sí, quiero decir.

Mientras nosotros, me refiero a Perico y a mí, seguíamos trabajando de *strippers* nocturnos con un éxito considerable y el dinero que obteníamos alcanzaba perfectamente para construir las casas que todavía hacían falta y para que el resto de la comunidad de enanos desocupados viviera sin privaciones de ningún tipo, poco a poco Cristina Viatri fue tomando un protagonismo inesperado. No tanto por lo que hacía, me doy cuenta ahora, sino por lo que descubría de aquello que hacíamos los demás.

Sí.

Estoy completamente seguro. Este ya larguísimo escrito tendría que haber comenzado por aquí.

A partir de las trampas que con tanta facilidad desmantelaba Cristina. Sospecho que todo lo anterior no hacía ninguna falta. Y sospecho, también, que la mayor de las trampas para uno mismo quizá consista en descubrir las trampas que nos hacen los demás.

Cristina Viatri empezó a acompañarnos al trabajo. Argumentaba que se aburría en el barrio, que no tenía con quien conversar desde que Titi Figueroa había comenzado a frecuentar a Nelson, el italiano, y que, a fuerza de ir al local, en una de esas el señor Robles, hasta por el mismo cansancio de verla por ahí molestando todas las noches, le conseguía alguna cosa útil para hacer. Insistió tanto que terminó por vencer nuestra resistencia.

Y también la de Robles.

A los pocos días, ya se había convertido en la presentadora oficial de nuestro número.

Era muy divertida realizando esa tarea. Hacía una suerte de corto monólogo en el que se refería a que en su condición de enana bastante puta, había llegado a conocer la sexualidad de centenares de enanos y de no tan enanos, que era verdad lo del mito, absolutamente cierto, que ella podía corroborarlo a partir de su larguísima experiencia, pero que, sin embargo, las dimensiones de nuestras respectivas pijas, la de Perico y la mía, eran colosales, nunca vistas, ni siquiera para ella, que había visto tantas y tantas. Y cuando no estaba en el escenario, lavaba copas: Robles le fabricó una escalera para que pudiese subirse a un banco y desde allí lavar con facilidad. A cambio, el tipo la dejaba emborracharse gratis y, al final de la noche, si había sido buena, hasta le daba unos pesos.

Robles estaba muy contento con ella.

Le parecía encantador que Cristina se la chupara mientras él atendía a las clientas detrás de la barra. Nadie sospechaba nada, él se sentía dichoso y el negocio cada vez resultaba más negocio. A mí no me importaba, igual, cuando volvíamos al barrio, la Viatri se acostaba conmigo. Incluso, una noche de esas, ya en la cama, le pregunté por qué hacía lo que hacía detrás de la barra con Robles y me respondió lo de siempre, que porque Robles era un grandísimo tramposo y a los tramposos ella no podía negarles absolutamente nada.

Pero me estoy yendo por las ramas.
Como acostumbro a hacerlo aunque no me guste.

Llegó la hora de ir al grano. De contar, por fin, aquello que tendría que haber comenzado a contar hace ya un montón de páginas.

Un buen día, el barrio terminó de construirse.

Cada uno de nosotros tenía su propia casa y hasta el salón del tanque estaba precioso y con suficientes sillas como para que nadie se sintiera menoscabado en su orgullo. Habíamos plantado árboles, habíamos colgado el cartel en la entrada, habíamos comenzado la huerta y un par de ovejas silenciosas se encargaban de mantener los jardines bien cortados y prolijos.

Entonces, hubo una asamblea.

El motivo de la reunión era discutir y, en el difícil caso de ponernos de acuerdo, aprobar un código de convivencia.

Pero no resultó tan complicado. Yo llevé un borrador con unas seis leyes que todos deberíamos respetar y, con algunas pocas variantes, en menos de una hora el pliego se presentó a votación y fue aceptado por unanimidad.

Las normas aprobadas fueron las siguientes:

1. El barrio será un barrio exclusivamente conformado por enanos. Bajo ninguna circunstancia y bajo ningún concepto será aceptada, jamás, una persona de cualquier sexo que mida más de un metro y cuarenta y siete centímetros de altura. Aquel o aquella que se enamore o quiera tener algo con una persona de esas características, tendrá que desarrollar esa relación fuera del portón de entrada a Santa Eliana. So pena de ser echado del barrio, sin miramientos y de manera inmediata, aquel que transgreda esta norma.

2. Los miembros del consorcio aceptan expresamente no tener hijos o, en el hipotético caso de querer hacerlo o de quedar embarazados sin haberlo previsto, se comprometen a exiliarse, dado que es bastante común que dos enanos procreen individuos de más de un metro y cuarenta y siete centímetros de estatura. Este éxodo

también deberá llevarse a cabo sin miramientos y de manera inmediata.

3. Cada miembro del consorcio se hará cargo de mantener la prolijidad y la higiene de su casa y de las zonas aledañas a la misma. Además, claro, de propender al cuidado de la huerta comunitaria, de las ovejas, y a generar, en la medida de lo posible, algún tipo de ingreso económico que pueda beneficiar al conjunto de los habitantes del barrio.

4. El salón del tanque será de todos y al mismo tiempo de nadie. Un lugar común. Y aunque no con carácter obligatorio, se aconseja que cada mediodía la comunidad almuerce allí a fin de fomentar la buena vecindad y combatir la soledad que suele sufrirse en los barrios o en las ciudades no compuestas, mayoritariamente, por enanos.

5. En el hipotético caso de que uno de los miembros de la comunidad incurra en alguna de las faltas descritas en los puntos anteriores y se niegue a dejar voluntariamente las instalaciones del barrio, el resto de los miembros del consorcio estarán habilitados para proceder a echarlos. Por las buenas o por las malas.

6. El barrio está completo con los miembros actuales. Y bajo ningún concepto se aceptarán nuevos integrantes. Se hace una expresa y única salvedad: si por alguno de los motivos citados precedentemente, uno o más miembros del consorcio deben dejar el barrio, podrán aceptarse nuevos integrantes en un número equivalente.

Eso fue lo que se aprobó.

Nuestro código de convivencia.

Y repito, por si quedara todavía alguna duda, que fue aprobado por unanimidad, que nadie forzó la voluntad de nadie, que nunca he sido líder de nada ni tampoco he pretendido serlo.

Se ve que lo mío no es el orden ni el respeto a las reglas, que eso se parece más a una vana ilusión personal o a un deseo imposible de cumplir que a un hecho constatable.

Iba bien.

Muy bien.

Pero recordé las seis leyes de convivencia que decidimos respetar, por unanimidad, durante aquella reunión en Santa Eliana y entonces se me agolpan en la cabeza asuntos que me alejan irremediablemente del buen camino que había tomado, pero que, al mismo tiempo, no puedo dejar pasar por alto.

No puedo.

Sobre todo porque estos papeles, me lo ha asegurado mi abogado, serán leídos por autoridades que ejercen un gran poder sobre los usos y las costumbres de la sociedad toda.

Así que.

Afirmo, sin pelos en la lengua, que los enanos somos la única minoría amaestrada que le queda a este mundo. Las demás han peleado por sus derechos y han logrado cambios sustanciales. Ya no se le dice puto a un puto. Ni siquiera marica o torta porque puede ser ofensivo. Se le dice homosexual o se le dice gay o se le dice lesbiana. Tampoco se dice *el* travesti, sino *la* travesti. No hay más mongólicos, ahora son discapacitados mentales. Ni rengos, ni cojos, ni mancos, solo discapacitados físicos. Ni hablar del tema de los negros, ahora son afros y si cualquier persona osara llamarlos negros, debería afrontar un tremendo juicio por daños y perjuicios. Sin embargo nosotros, los enanos, a la hora de llamarnos a nosotros mismos, no hablo ya de los demás, aceptamos sin inconvenientes denominarnos enanos. Y aunque casi nadie lo tenga en cuenta, también los enanos, al igual que algunas de aquellas otras minorías a las que me referí antes, hemos pasado por Auschwitz.

Una barbaridad.

Un horror.

Somos la minoría más olvidada y más discriminada del mundo. Incluso nosotros mismos llegamos al extremo de autodiscriminarnos tal como lo demuestra palmariamente el texto precedente, texto al que me estoy remitiendo. Está repleto de la palabra «enanos». Repleto. Creo que se va haciendo hora de modificar de raíz esta cuestión. Buscar palabras alternativas que nos definan, que no sean peyorativas, que no nos discriminen, que no nos estigmaticen, que sean agradables al oído, que no nos marquen a fuego, o que al menos podamos aceptarlas. Luchar por nuestra inserción igualitaria en el mundo como lo han sabido hacer las demás minorías. Pelear hasta el final.

Petiso no sería la palabra adecuada.

De alguna manera, petiso es una escala apenas más alta que la de enano. Aquellos que a duras penas superan el metro y cuarenta y siete centímetros de estatura. También es peyorativa. También es discriminatoria.

Podría ser discapacitados en altura.

Pero no sé, no me parece que dicha denominación haga entera referencia a nuestra condición. También englobaría a todos aquellos que, no siendo enanos, pierden en sus vidas algunas posibilidades por no dar la talla que les exigen para desarrollar determinadas tareas. No. No nos define con exactitud. Para que nos englobara completamente, tendríamos que denominarnos algo así como discapacitados en altura, en tamaño de la cabeza y en chuequera. Sería larguísimo y nadie podría recordarlo en su totalidad.

Hombres bajos y mujeres bajas, se me ocurre.

Eso nos incluiría dentro de la humanidad y el adjetivo no suena a menosprecio. Hay, por ahí, montones de cosas que siendo bajas o bajos son muy positivos para la sociedad. Los precios, por ejemplo, como lo demuestra palmariamente el último de los empleos que tuvo Mario Vargas antes de llegar a Santa Eliana. También las hay negativas, es cierto. Pero, de todos modos, junto a hombres y junto a mujeres, bajos y bajas suena muy bien.

Me gusta.

Tanto que voy a adoptar esta forma de aquí en adelante. Y para siempre.

Luego, algunas semanas más tarde, se produjo la gran asamblea inaugural.

Nos citamos como siempre en horas del mediodía, que era el horario en el que todos los hombres bajos y las mujeres bajas del barrio estábamos libres y también lo que aconsejaba, además, el estricto código de convivencia que habíamos implementado por unanimidad. Compramos unas sidras para brindar, unos canapés, tortas, y yo, como administrador del consorcio, sería el único encargado de pronunciar un discurso. Así había quedado determinado en una reunión previa.

Sin embargo.

La sorpresa fue mayúscula.

Sobre todo para mí, claro.

Pasaban los minutos y Perico no llegaba. Los miembros de la comunidad comenzaron a soliviantarse muy a pesar de mis reiterados pedidos de paciencia y de tranquilidad. Es más, alguno abrió una sidra sin permiso y casi todos encararon, con cierta desesperación, los canapés y las tortas. Y seguían pasando los minutos.

De repente escuché un grito que me llamaba.

Venía desde el portón de entrada.

Miré hacia allí y se trataba de Perico. Me hacía señas con ambos brazos, hablaba a los gritos y entonces, un poco asustado por lo que le pudiera ocurrir, me acerqué corriendo hasta donde se hallaba. La traje a Eliana, me dijo apenas arribar. Creo que se merece participar de la fiesta inaugural del barrio, es una suerte de hada madrina, aunque no sé si el código de convivencia lo permite, necesitaba preguntártelo desde afuera para no incurrir en una contravención. Por eso te llamé a los gritos desde aquí.

Yo estaba muy confundido.

No sabía qué responderle.

Solo atiné a pedirle que me esperara unos minutos allí afuera,

que yo me acercaría hasta el salón del tanque y les preguntaría a los demás si era posible.

Y eso fue lo que hice.

La cosa estuvo muy discutida.

Sobre todo Titi Figueroa y Cristina Viatri se oponían por completo, encarnizadamente, a que esa mujer, así se referían ambas a ella, ingresara en el barrio. Los demás reconocían que, si no hubiera sido por aquella entrevista que la hermosa Eliana, así es como se referían a ella los demás, me había hecho, jamás se habría podido inaugurar ningún barrio de hombres bajos y mujeres bajas, que sí, que por supuesto, que había que dejarla entrar.

Entonces lo sometí a votación.

Y, por mayoría, se decidió permitirle el paso, hacer una excepción por esta única vez.

Volví a correr hasta el portón.

Y les avisé que podían ingresar.

Entonces, Eliana se bajó de su coche. Perfecta, bellísima, con la boca enorme y húmeda de siempre, luciendo un vestido negro, repleto de brillos, no muy escotado, tan corto que apenas le tapaba el culo y dejaba a la vista una espalda enteramente desnuda y deliciosa.

Impresionante.

La dejé pasar y caminé hasta el salón del tanque unos cuantos pasos detrás de ella. No me quería perder ningún detalle de esa espalda. Absolutamente nada de esa colosal región trasera de hembra huarpe.

Increíblemente, Cristina y Titi fueron las que se mostraron más cordiales y más simpáticas con Eliana. Nelson también, vuelto a su antigua tarea de mozo, para lo cual se había vestido con esmero, no dejaba de llenarle la copa o de alcanzarle los mejores canapés. Aunque ninguno de los demás la trató con descortesía, muy por el contrario. Sospecho que, en el fondo, resulta del todo imposible tratar mal a la belleza. Uno puede quejarse a los gritos, intentar por todos los medios no dejarla entrar, pero, una vez que aparece, que nos encontramos frente a frente con ella, ya nada se puede hacer.

Luego brindamos.

Justo hasta que llegó el momento de pronunciar mi discurso.

Entonces me trepé a una mesa con la ayuda de una silla, saqué del bolsillo el papel en que lo había escrito, carraspeé varias veces y varias veces les solicité que me atendieran. Pero no. No había caso. Nadie quería escucharme. Absolutamente nadie. Todo pasaba por escuchar y mirar y admirar a la dulce Eliana, no había oídos ni había ojos para nada que no fuera ella.

Así que.

Se me ocurrió pedirle a la periodista que fuera ella y no yo quien pronunciara las palabras inaugurales del barrio, que se lo merecía, que ella había sido, en definitiva, quien había posibilitado que aquella imaginería o aquel sueño de un carnicero vecino, o de un amigo del carnicero vecino, hoy, por fin, terminara convirtiéndose en realidad.

Estallaron los aplausos.

Y también los pedidos urgentes de que Eliana tomara mi lugar encima de la mesa.

La mujer se acercó sonriendo hasta donde yo estaba y me extendió una de sus manos para ayudarme a bajar. Fue muy fuerte el contacto. Casi eléctrico. Creo que hasta me puse colorado de vergüenza y nunca, jamás, salieron de mi boca las muchas palabras con que quise agradecerle el gesto.

Enseguida subió ella.

Puso el pie derecho sobre la silla y luego el izquierdo. No había ninguna necesidad, lo sé, sin embargo aproveché la oportunidad para apoyarle mis diez dedos sobre uno de sus tobillos a modo de retribución por lo que ella había hecho por mí unos segundos antes. O no. Quizá solo fue para volver a tocarla.

La misma electricidad.

El mismo rubor en mis cachetes.

Y la novedosa y magnífica sensación de encontrarme dentro de una suerte de cápsula, ajena por completo al resto de la escena. Una cápsula que me provocaba cosquilleos en la nuca y en la que, únicamente, entrábamos nosotros dos.

Eliana continuó escalando hasta la mesa.

Y a mí no me quedó otro remedio que soltarle el tobillo.

Cuando la vieron sobre la mesa, todos se callaron. Ni siquiera Cristina o Titi, que se animan a cualquier cosa, se animaron en esta oportunidad a oscurecer la luz que irradiaba su figura desde aquella cima improvisada. Entonces, casi susurrando a partir de unos muy leves movimientos de sus labios enormes, confesó que estaba emocionada, muy emocionada, que se sentía parte del barrio, de su nacimiento, que le encantaba estar allí entre nosotros, que vivía el momento con mucha intensidad, igual a como seguramente había vivido Blancanieves un momento semejante junto a sus siete enanitos, que estaba orgullosa de nosotros, de lo que habíamos podido construir, pero que, para terminar, necesitaba hacernos una confesión: ni el carnicero vecino ni el amigo del carnicero vecino habían existido jamás, que esa mentira piadosa se le había ocurrido cuando notó que yo no quería dejarla pasar para realizar la entrevista.

Ella dijo Milagro.

Y fue demasiado.

Al escucharla pronunciar mi nombre a través de esos tremendos labios, no pude sino volver a sentirme electrificado y rojo de vergüenza y dentro de la cápsula a la que me había llevado un rato antes el contacto con su piel morena. Tanto que le perdoné, sin hacerle el menor reproche, el horrendo uso que había hecho del diminutivo enanitos. Tanto que ya no pude seguir escuchando lo que decía. Tanto que ni siquiera atiné a ayudarla a bajar de la mesa

cuando finalizó su discurso.

De todas maneras, se abalanzaron para ayudarla. Sobre todo Cristina. Enamorada, con toda seguridad, de lo tramposa que había sido Eliana en el asunto del carnicero.

Y nada más.

A los pocos minutos, después de volver a brindar, nos besó uno por uno, le pidió a Perico que la acompañara hasta la salida y se retiró. Y ese fue, de lejos, el beso más hermoso que he recibido en la vida.

Aquel mismo día en que tuvimos la fiesta inaugural, por la noche, en el local de Robles, Cristina Viatri no dejaba de rondarme. Estaba ansiosa por decirme alguna cosa, se le notaba. Alguna cosa que, evidentemente, solo podría decirme si me encontraba a solas. Cada vez que se acercaba, comenzaba a contarme algo en voz muy baja, cerca del oído, algo perfectamente inentendible, hasta que aparecía alguien cualquiera y se interrumpía. Finalmente, decidí aproximarme yo hasta donde ella estaba, sola, lavando unas copas. Entonces bajó unos escalones de la escalera, se agachó y me preguntó si no me había parecido extraño que la periodista le hubiese pedido a Perico, y no a mí, que la acompañara hasta la salida y que, encima, agregó con algo de saña, hubiera llegado al barrio con él y no conmigo.

La Viatri.

Se ve que había quedado muy enojada, muy dolida, al no haber podido llevarse a la cama a la enorme huarpe. Se había quedado con las ganas y pretendía vengarse incluyéndome a mí dentro de su despecho.

No me importó.

No le hice caso.

Aunque, cuando al rato fui hasta el camarín con el objeto de ponerme el disfraz de Robin para la función, no pude sino interrogar a Perico respecto de las dudas que me había planteado Cristina. Muy tranquilo, sin darle mayor entidad al tema, mientras no paraba de arreglarse el traje de Batman y de mirarse en el espejo, me contó que aquella lejana noche en que Eliana había venido con sus amigas a ver nuestro número, le había dejado su número de teléfono enrollado en un billete dentro de la zunga. Él lo había guardado por si alguna vez lo necesitaba. Y se le había ocurrido que podría ser una linda sorpresa que estuviera en la inauguración del barrio, que por eso la había llamado, que lo de que la acompañara hasta la salida había sido idea de ella, que él no

había tenido nada que ver, que yo estaba ahí presente, que me dejara de embromar, que la había escuchado igual que él cuando se lo había pedido.

Entonces.

Perico se dio la vuelta, me miró fijo a los ojos y me preguntó si acaso estaba un poco celoso.

Le juré que no.

Que de ninguna manera.

Que la que me parecía que sí estaba bastante celosa era la Viatri, que era ella quien se había encargado de llenarme la cabeza. Perico lanzó una carcajada, apoyó uno de sus dedos índices sobre mi frente y enseguida agregó: ¿cómo puede alguien llenar semejante cabezota?

Y ahí se terminó la conversación.

Lo que no se terminó ahí, claro, fue el enojo de Cristina.

Más tarde, cuando ya estaba retozando desnuda sobre mi cama, me preguntó si había hablado con Perico y, apenas terminar de contarle lo que habíamos conversado, lanzó también ella una carcajada, me dijo que era un idiota, que la periodista, en el momento de dejarle su número de teléfono dentro de la zunga, o incluso antes, se había cerciorado a partir de sus propias manos de la diferencia sustancial que había entre mi cartulina higiénica y la enormidad de la cosa que le colgaba a Perico entre las piernas, que yo era un perfecto imbécil y que ella, lamentablemente, ya tenía que irse, que tenía mucho sueño, que Robles le había dado demasiado trabajo, en todos los sentidos de la palabra, que era muy tarde, que necesitaba dormir.

Después.

Se bajó de la cama, juntó la ropa del piso, se vistió en menos de dos segundos, se fue y no volvió a visitarme durante demasiadas semanas. O meses.

Los hechos se precipitaron a partir de la fiesta inaugural. Ahora estoy seguro de que tendría que haber comenzado por aquí y no haberme largado a escribir estas páginas desde tan al principio de la nada.

Aunque es tarde para lamentos, ya.

La precipitación, entonces, ocurrió más o menos así.

Cristina se mudó a la cama de Perico porque, según me confesó uno de aquellos mediodías inmediatamente posteriores, mientras almorzábamos, al final de cuentas y a pesar de que hablaba bastante menos que yo, él había resultado muchísimo más tramposo y ella jamás había podido hacer nada contra la atracción que le provocaban los tramposos. Sin embargo, el motivo relevante que quizá produjo la precipitación de los hechos a partir de ese momento no fue ese sino el pedido que me hizo Perico, una noche cualquiera de los días que siguieron a continuación de la mudanza de Cristina hacia su cama, para realizar una urgente asamblea de consorcio debido a que a él se le había ocurrido una idea que podía cambiar para siempre el futuro de nuestras vidas.

Una idea que podía hacernos ricos.

Más libres.

Y, quizás, hasta millonarios.

Me aseguró. Y yo, por supuesto, acepté realizar esa reunión al mismísimo día siguiente y con el único objetivo de tratar la idea tan magnífica que se le había ocurrido y que por nada del mundo quiso anticiparme.

Así que.

Al día siguiente, en horas del mediodía, Perico se trepó a la mesa de los discursos y, sin dar demasiados rodeos, fue directamente al grano. Afirmó que estábamos perdiendo una cantidad importante de dinero al ir a trabajar, cada noche, al local del señor Robles; que él estaba muy agradecido por la mano que el tipo nos había tendido cuando no teníamos un peso partido por la

mitad, pero que ya estaba bien de agradecerle, que la inmensa mayoría de las mujeres que concurrían a lo de Robles iban a ver a los dos enanos, que eso era evidente, que casi todas lo decían. Por eso, entonces, quería proponernos dar un vuelco total a nuestras vidas, que él sabía que para poder hacerlo había que modificar de raíz el código de convivencia que habíamos votado por unanimidad algún tiempo atrás, pero que, estaba convencido, valía la pena hacerlo. Les quiero proponer, dijo por fin y para terminar, que abramos nuestro propio local de *strippers* aquí mismo, en el salón del tanque. Ustedes dirán, tienen la última palabra sobre el asunto.

El silencio fue total.

Absoluto.

Durante varios segundos, o mejor minutos, nadie se atrevió a abrir la boca. Muchos ni siquiera se animaban a levantar los ojos del plato en el que estaban comiendo. Entonces, como no podría haber sido de otra manera, la que aprovechó ese silencio para tomar la palabra fue la inefable Cristina Viatri. Argumentó que ella estaba completamente de acuerdo con Perico, que había escuchado los comentarios de las mujeres, que todas iban a ver a los *strippers* enanos, que si nosotros abríamos nuestro propio local, el negocio iba a ser solo nuestro, que no tenía sentido regalarle el dinero a Robles y que, en lo personal, ya estaba harta de tener que chupársela a ese señor por debajo del mostrador todas las noches y por una suma de dinero tan escasa como era la que le pagaba.

Por supuesto, la interrumpió Titi Figueroa.

La que había sido, en el pasado, su más íntima y mejor amiga.

Sin soltarle ni por un instante la mano a Nelson, el bien formado mozo italiano, gritó que no debíamos mezclar las cuestiones, que un asunto era lo que había propuesto Perico y otro muy distinto era chupársela o no chupársela a un tipo debajo de un mostrador; que esto último era algo que debía resolver la propia Cristina y que para ello no necesitaba de la ayuda de nadie, bastaba con la decisión individual de dejar de hacerlo si la paga o el gusto por la tarea le resultaban escasos.

Ahí se armó.

Cristina corrió hasta donde estaba la Figueroa e intentó tomarla de los pelos. Claro que, por suerte, Nelson logró separar a ambas y, poco a poco, la cosa se fue calmando. Creo que mucho influyó

Carlos Fuentes, también, en el apaciguamiento general. Muy tranquilo y en voz baja, presentó una moción para abrir un cuarto intermedio hasta el día siguiente, afirmó que las veinticuatro horas de un día entero servirían para calmar un tanto los ánimos y para que cada uno de los miembros del barrio, en soledad, reflexionara acerca de los pros y de los contras que planteaba la propuesta que había presentado Perico.

Y así ocurrió.

Al día siguiente, los ánimos eran otros.

Nelson inició la asamblea pidiendo disculpas en nombre de Titi. Disculpas por lo que le había dicho a Cristina y también disculpas por no hallarse en la reunión debido a una ligera indisposición, aunque, de todas maneras, ella aceptaría sin objeciones lo que decidiera la mayoría. A continuación, Augusto de la Calle expresó su apoyo a la propuesta de Perico. Explicó que, además de interesante, era sumamente justa: podríamos trabajar todos y así aportar de forma igualitaria al sostenimiento del barrio y no como ocurría en la actualidad en que solo algunos miembros lo hacían para el beneficio del conjunto.

Los aplausos llegaron espontáneos desde los cuatro costados.

Y, con los aplausos, se terminó para siempre con la discusión.

Quedaba, no obstante, la ardua tarea de modificar el estatuto de convivencia. Por eso, me levanté de mi asiento y les pedí que me dieran unos días para pensar los cambios y poder redactarlos. Aunque, les recordé, en definitiva serían ellos, en una próxima asamblea, los que iban a expresar su acuerdo o su desacuerdo con las modificaciones que se me ocurrieran a mí.

Apenas un par de días más tarde, presenté para su discusión las necesarias modificaciones al código de convivencia barrial. Fue en horas del mediodía, como siempre. En el momento de los postres.

La enmienda:

En virtud de que en el punto 3 del código de convivencia se propendía a *generar, en la medida de lo posible, algún tipo de ingreso económico que pueda beneficiar al conjunto de los habitantes del barrio* y que, posteriormente, a uno de los miembros del consorcio se le ocurriera una idea con esos fines y que, casi de inmediato, la mayoría de ellos consideró muy plausible dicha idea, se deja sin efecto el punto 1 de dicho código para el caso de las clientas y eventuales clientes, aunque, claro, la mayoría suelen ser mujeres de más de un metro y cuarenta y siete centímetros de estatura que se desplazan en grupos sumamente ruidosos. Clientas y eventuales clientes, decía, que se acerquen hasta el barrio con el objetivo de presenciar el espectáculo de *strippers* enanos. También se hace expresa salvedad de que el lugar para el desarrollo de las funciones antedichas será el denominado *salón del tanque* y que, aunque sea de todos y no sea de nadie, como reza en el punto 4 del código de convivencia, al mismo tiempo, y durante las noches, se convertirá en local de esparcimiento para aquellas clientas, y eventuales clientes, que deseen ingresar en él. Por supuesto que, si desean ingresar, deberán abonar su correspondiente entrada, no así los miembros del barrio, que ingresarán en él con el único objetivo de recaudar fondos para el mantenimiento y, en lo posible, engrandecimiento material del mismo. Durante el día, el salón seguirá funcionando, con exclusividad, como lugar de fomento de la buena vecindad entre los integrantes de la comunidad de enanos. Por último, el autor de esta enmienda recomienda a los demás miembros del consorcio delimitar nítidamente un camino que una el portón de entrada al barrio con el salón del tanque a fin de que a las clientas y a los eventuales clientes, todos ellos de estatura

superior al metro y cuarenta y siete centímetros, no se les ocurra perderse voluntaria o involuntariamente por el resto del predio. A este respecto, se recuerda que la mayoría de estas señoras o señoritas o eventuales señores suelen concluir las veladas con un altísimo porcentaje de alcohol en la sangre y que, bajo esas circunstancias, no acostumbran a comportarse con el decoro mínimo que exige la vida en comunidad. Salvo las expresas modificaciones que aquí se señalan, el resto de lo decidido y aprobado oportunamente en los seis puntos del código de convivencia barrial continúa absolutamente vigentes para la totalidad de sus miembros.

Me escucharon en silencio.

Y aprobaron la enmienda por unanimidad.

Antes de la aprobación, claro, varios de los miembros, y durante larguísimos minutos, se quejaron del excesivo puntillismo del escrito. Tantas fueron las quejas que, en un momento de enojo, amenacé con romper el papel en mil pedazos y propuse a los gritos que fuera algún otro el que se encargara de la tarea de redactar la enmienda.

No me parecía justo.

Ahora, sin embargo, que pasó algún tiempo y que me he tomado el trabajo de recordarlo y transcribirlo con lujo de detalles para las autoridades, me parece que aquellas quejas tenían bastante de razón: debe ser el primer caso del mundo mundial en el que una enmienda es más larga que el código al cual pretende enmendar. Un despropósito, lo reconozco.

Acabo de releer la enmienda que escribí hace tantos meses. Y sí, fue excesiva. Minuciosa en extremo. Redundante. Sin embargo, lo que más me duele del asunto no es eso. Lo más doloroso, sin duda, es que en ese momento de mi vida todavía utilizara la palabra «enanos» para definirnos.

Feo.

Muy feo.

Tendría que haber pensado hace mucho tiempo en la correcta denominación de los hombres bajos y las mujeres bajas. Ahora, siento que fui un discriminador y un canalla para con mis propios pares y hasta para conmigo mismo durante toda la vida. Aunque no el único, claro. Muy a pesar de que repetí, en dos oportunidades, el término enanos, ellos, los hombres bajos y las mujeres bajas que habitaban conmigo en el barrio, solo tuvieron tiempo para quejarse de mi florida prosa y ningún enojo ni ningún desplante para con la odiosa palabra que por aquel entonces los definía.

Un horror.

Íntimo.

Que se extiende desde cada uno de nosotros hasta nuestra desgraciada y humillante ubicación en el mundo.

Aprobadas que fueron las modificaciones al código de convivencia barrial, tuvimos que salir a comprar una docena de mesas, cuatro docenas de sillas, diez banquetas y varios sillones de dos cuerpos. Además de vasos y copas y otras mil cosas y de llamar de nuevo a los albañiles para que nos construyeran una barra y un escenario. En un mes y medio, aproximadamente, el salón del tanque estuvo listo. Convertido en un aceptable local nocturno.

Solo faltaba avisarle al señor Robles que no trabajaríamos más con él.

Perico me encargó la tarea a mí, no era algo que su complicado carácter le permitiera hacer. Lo entendí, por supuesto. Y enseguida Cristina, que nos escuchaba en silencio desde uno de los rincones del camarín, se ofreció a acompañarme. También se le ocurrió que lo mejor sería encararlo hacia el final de la jornada, cuando todo hubiese terminado, en el exacto momento en que Robles concluyera de contar los muchos billetes que había ganado durante la noche. Ese era el momento ideal, según ella. El momento en que el hombre parecía más tranquilo y más feliz. Incluso bastante más feliz, reconoció desde una mezcla de enojo y queja lastimera, que mientras ella se la chupaba con el mayor de los esmeros justo por debajo del mostrador de la barra.

Así lo hicimos, entonces.

Esa misma noche.

Esperamos escondidos detrás de las cortinas del escenario y, apenas terminó de contar el último de los billetes, nos presentamos ante él. Parece que ha sido buena la noche, Juan Carlos, le dije. Robles levantó los ojos de la montaña de dinero y me respondió que no tanto, que no me creyera que era todo ganancia lo que veía, que también había demasiados gastos y demasiados sueldos que no se veían con tanta facilidad y que había que afrontar con esos pocos billetes. Ahí fue que irrumpió la Viatri en la conversación. Le dijo que precisamente de ese tema era de lo que queríamos hablar con

él, de los demasiados sueldos que tenía que pagar al final de cada semana, que renunciábamos, los tres, Perico, ella y yo, que ahí ya tendría un gran ahorro, un alivio importante, y que, a cambio, no pretendíamos ninguna indemnización, que de ninguna manera, que eso nos parecía indecoroso, hasta ruin, que le debíamos mucho y que íbamos a estarle eternamente agradecidos, pero que, a partir de esa noche, no volveríamos a trabajar con él.

Cuánto más quieren, nos interrogó.

Y entonces yo tuve que explicarle que no, que no se trataba de que quisiéramos más dinero, que esta vez no, que estábamos cansados de hacer siempre lo mismo, que queríamos probar con otro trabajo. Cambiamos el guion, no hay problema, para mañana les preparo uno nuevo, me respondió de inmediato. No, no, no, le dijo entonces Cristina en un tono un poco más alto de voz, me parece que no nos está comprendiendo, Juan Carlos, hoy fue la última vez que vinimos a trabajar a su local.

En esta oportunidad, Robles tardó en contestar.

Se tomó algún tiempo para guardar la montaña de billetes dentro de un bolso negro que descansaba a uno de sus costados, sobre la barra, luego se tomó otra eternidad para cerrarlo y, recién al cabo de concluir con esas interminables tareas, volvió a dirigirnos la palabra. Si se van, no vuelven nunca más, afirmó desafiante. No es la idea, le contestó la Viatri, casi en el mismo tono de desafío. Sé que no es la idea, querida, la idea es abrir un local igual al mío pero solo con enanos ahí en donde ustedes viven. Miramar es una ciudad pequeña, uno se entera de todo con bastante facilidad, solo les aviso que si se van, no vuelven nunca más.

Cristina me hizo señas de que ya estaba bien, de que no agregáramos nada, que sería peor, que nos fuéramos.

Y nos fuimos.

Van a necesitar volver, yo sé lo que les digo. Piénsenlo mejor, tómense hasta mañana; pasado ya no los espero. O es mañana o es nunca, solo los espero mañana, nos gritó cuando estábamos dejando atrás, para siempre, la puerta de su local.

Recién pudimos abrir nuestro propio *show* de *strippers* a los diez o quince días de aquella, quizá precipitada, renuncia nocturna. La cosa se complicó. Y mucho. Descubrimos que el señor Robles ejercía un enorme poder sobre la sociedad y el comercio miramarenses. No nos vendían los disfraces que necesitábamos ni las bebidas ni nada que quisiéramos comprar. Ni siquiera las radios o el canal de televisión de la ciudad aceptaban hacernos publicidad del espectáculo.

Y encima debíamos escribir nuestros propios guiones.

Aunque después, sobre el escenario, parezcan una tontería ya que las clientas solo quieren ver y tocar bultos masculinos, los guiones no son ninguna tontería. Tienen que ser divertidos, pero también tienen que ser sexis. Y no es fácil. O, al menos, no nos resultó nada fácil a los hombres bajos y a las mujeres bajas a quienes se nos asignó la tarea de escribirlos.

Difícil, todo.

Muy difícil.

Tuvimos que llegar a un arduo y bastante más costoso acuerdo con un comerciante mayorista de Mar del Plata para poder acceder a la cerveza y al *whisky*. De los disfraces tuvimos que encargarnos también nosotros mismos: al mando de Susana Cura, que resultó una verdadera experta en corte y confección, con el aporte altruista de la muchísima ropa que les sobraba a Titi y a Cristina y con las manos de todos a la hora de la costura, finalmente pudimos terminarlos. El asunto de la publicidad también fue resuelto con éxito, claro que, por la forma en que se dio, merece un buen párrafo aparte.

Mario Vargas nos sorprendió con la confesión de que, como no tenía demasiadas pertenencias para traer cuando decidió el viaje hacia la costa, en uno de sus bolsos había guardado, limpio y bien doblado, el uniforme de gomaespuma con el que había hecho publicidad, durante tanto tiempo, para aquel supermercado. Tenía

experiencia en el asunto y se ofreció a utilizarlo por las calles céntricas de Miramar. Aceptamos, por supuesto. Susana Cura solo tuvo que hacerle unos pequeños arreglos: quitarle el signo pesos del frente, angostarlo un poco, ajustarle una cuerda alrededor de la parte superior para que pareciera un pene y agregar un corto escrito que avisara de los *shows* y del sitio en donde se llevarían a cabo.

La otra pata de la publicidad la desarrolló Eliana desde su programa mañanero en la televisión.

De un modo más o menos encubierto, dedicaba unos cuantos segundos, en cada emisión, para avisar de la inminente apertura de nuestro local nocturno. Es más, uno de esos días se tomó más de diez minutos para hablar del tema: contó en detalle cómo a partir de una entrevista suya había nacido el barrio, cómo la habíamos invitado a su posterior inauguración, el enorme cariño que nos tenía y, sobre todo, cuánto deseaba que nos fuera muy bien en este nuevo emprendimiento.

¿Fue idea de ella o fue un pedido telefónico de Perico?

No lo sé.

Ella nos aseguró aquella primera noche, rodeada de sus ruidosas amigas, un rato antes de que comenzara el espectáculo, que había sido idea suya. Cristina, por supuesto, aseguraba todo lo contrario, que había sido Perico el que le había pedido que lo hiciera y también el que la había invitado a concurrir con sus amigas esa primera noche.

No sé.

La verdad, no lo sé.

Las primeras semanas el éxito fue total. Con espacio para sesenta o setenta espectadores, el salón del taque se llenaba por completo. No cabía un alma. De lunes a lunes, sin descanso. Incluso el público reservaba sus entradas con bastante antelación. Aunque me lo he prohibido unas páginas atrás, debo utilizar el término porque está inscrito en el inconsciente colectivo, vaya a saber uno desde cuándo, y era la frase que más circulaba en el barrio por aquellos días: trabajamos como enanos.

Y era verdad.

No parábamos.

Además de actuar o de atender a la clientela por las noches, durante el día había que recibir a los distintos proveedores, limpiar el local, reparar los disfraces que se hubiesen descosido, ir al banco a depositar el dinero que habíamos ganado, más etcéteras y etcéteras y etcéteras.

Repito que trabajábamos como enanos.

Y pido perdón por el uso duplicado de una palabra que prometí no iba a volver a utilizar.

Pero la cosa cambió. La gente, poco a poco, dejó de reservar sus entradas con tanta antelación, se acostumbró a llegar sin previo aviso y, claro, comenzaron a quedar algunos sitios libres en las mesas. Fue el principio de la debacle. Aunque, enseguida, la debacle se precipitó. Había noches que teníamos menos de diez espectadoras. Y eso ocurría muy a pesar de que Eliana y sus amigas no faltaban casi nunca.

Es fácil el éxito.

Y muy complicado el fracaso.

No descubro nada nuevo, lo sé, cualquiera sabe lo que acabo de escribir. De todos modos, me gustaría contar cómo fue que se manifestó dicha obviedad entre los habitantes del barrio con un solo ejemplo. Me parece importante señalarlo.

Aquel día del estreno, todos los hombres bajos y las mujeres

bajas nos pusimos realmente muy contentos al descubrir que Eliana se encontraba entre las espectadoras. Y cuando digo todos, digo todos. Además de la publicidad encubierta que nos había hecho sin que se lo hubiéramos pedido, cuando ni las radios ni la televisión nos aceptaban hacerla, ella constituía, en cierto sentido, el hada madrina de todo cuanto había ocurrido de bueno en los últimos tiempos sobre ese terreno otrora baldío ubicado a unos siete kilómetros de la ciudad de Miramar.

Un ángel, Eliana.

Tan ángel que hasta podía caerse.

A nadie se le ocurrió juzgar a Perico, la noche del estreno, cuando decidió no cobrarles absolutamente nada de lo mucho que habían consumido en su mesa. Tampoco se le ocurrió a nadie juzgar a Perico por el hecho de no cobrarles ni a ella ni a sus amigas en las noches subsiguientes y mientras el éxito nos acompañaba. Sin embargo, a medida que la concurrencia comenzó a mermar, surgieron las disputas. Cristina, cuándo no, fue la primera que llamó la atención sobre el asunto. Incluso, se animó a plantear que si bien Eliana se merecía eso y mucho más, sus ruidosas amigas no habían tenido ni tenían nada que ver con el nacimiento del barrio y ya iba siendo hora de que pagaran por lo mucho, por lo muchísimo, que bebían. Y agregó, con la mejor cara de inocente que pudo inventarse, que ella no tenía nada en contra de ninguna de ellas, pero que le parecía que ya alcanzaba, que basta de regalarles nuestro trabajo a tres o cuatro gordas feas y borrachas y gritonas y maleducadas perfectamente desconocidas.

Después, en el transcurso de los días, se fueron sumando los demás.

Todos menos Perico y yo, claro.

La defendíamos a partir de los escasos argumentos que se nos ocurrían. ¿Qué sería de cada uno de ellos y de ellas si aquella entrevista nunca se hubiese realizado? ¿Cuánto nos hubiera costado una campaña publicitaria en la televisión para atraer al público a nuestro local? Y poco más. Por eso, al cabo de una semana, mientras almorzábamos, Augusto de la Calle y Alejo García se pusieron de pie al unísono y pidieron que votáramos de una buena vez acerca del asunto de empezar o no empezar a cobrarles los tragos a las antipáticas compañeras de mesa de la dulce Eliana. Por

supuesto, ganó por amplia mayoría comenzar a cobrarles sus respectivas consumiciones, la opción por el no obtuvo, como ya sabíamos de antemano, solo dos votos. Y, esa misma noche, Cristina fue la encargada de acercarles la cuenta a cada una de las amigas de la periodista.

Pagaron.

Sin quejarse.

Pero no volvieron nunca más al salón del tanque. Tampoco Eliana volvió. Ni ella ni nadie, a decir verdad. A los pocos días de haberles cobrado a las amigas de la hermosísima huarpe, hartos de hacer las funciones solo para nosotros mismos, cerramos el local. Para siempre.

Las relaciones humanas no son sencillas. Tampoco entre los hombres bajos y las mujeres bajas. No somos la excepción. Sobre todo cuando las cosas no salen tan bien como esperamos. De haber tenido todo lo que nos hacía falta mientras trabajábamos para Robles, de habernos animado a soñar con que, incluso, podíamos estar todavía muchísimo mejor, pasamos a una desazón absoluta, a no tener ni soñar con nada.

No sabíamos qué hacer.

No teníamos ni idea.

Aunque mejor sería decir que ideas sobraban, pero que todas y cada una de ellas participaban de la misma flaca cualidad: eran completamente absurdas. Desde poner un minigolf hasta habilitar un prostíbulo, se manejaron decenas de hipótesis. Quienes las proponían, al escuchar las risas, se sentían menoscabados en su orgullo y se vengaban con el próximo o la próxima que proponía el absurdo siguiente.

La convivencia se había hecho insoportable.

Hasta Susana Cura le pidió prestada su casa a Titi Figueroa, ya que esta se lo pasaba en lo de Nelson, porque no aguantaba más a Alberto, su compañero de toda la vida. Se mudó. Pero, claro, la cosa no terminó ahí. Todo era motivo de discusiones y de peleas. Titi, al otro día, solo porque Susana se rio de una propuesta suya, la acusó a los gritos de sucia, de desordenada y de no sé cuántas cuestiones más y la echó de su casa sin más. Alberto, entonces, rápido de reflejos, le pidió que volviera con él, que lo perdonara, que empezaran de nuevo, que la extrañaba, que por favor.

En la cuenta del banco, por suerte, quedaba bastante dinero como para sobrevivir por unos cuantos meses.

Quizás un año, si nos cuidábamos en los gastos.

Igual, nadie parecía tener la mínima paciencia para con los demás. En el fondo, pienso que nos echábamos mutuamente la culpa del fracaso. Ninguno se hacía cargo de la parte, mayor o

menor, que le había tocado en el descalabro.

Yo prefería el silencio y la soledad.

Me quedaba mucho más tiempo encerrado en mi casa, mirando por la ventana las cataratas y los sauces. Era mi forma de creer que no todo había terminado, que había cosas que todavía seguían en pie, que no cambiaban a pesar del malhumor y del malestar de los unos con los otros.

Uno de esos días fue que se me ocurrió.

De todas maneras, me tomé algún tiempo para presentar mi propuesta en el salón del tanque.

No quería errarle y que se mofaran de mí. Temía que las carcajadas de los demás me hicieran comportarme, posteriormente, como cualquiera de ellos. No quería odiar ni despreciar a nadie. Por eso, prudentemente, fue que me llevó tantos días sopesar los pros y las contras de lo que se me había ocurrido.

Traté de no dejar detalle sin analizar.

Traté de imaginar qué reparo podía presentar cada uno de los hombres bajos y mujeres bajas que habitaban el barrio. Intenté ponerme dentro de sus pieles. Dentro de sus historias de vida pasadas y presentes. Intenté, de algún modo, ser yo y ser los demás al mismo tiempo.

Y se me antoja que, finalmente, lo logré.

Acabo de recordar, ahora mismo, justo cuando iba a contar qué les había propuesto al resto de los habitantes del barrio, que en aquel discurso inaugural, sobre una de las mesas del salón del tanque, Eliana hizo expresa referencia al cuento de Blancanieves.

Y sospecho que no se trata de una casualidad.

Siempre me costó atribuirle a la casualidad algún tipo de injerencia en mi vida.

Las cosas pasan. Recordé lo que recordé mientras recordaba otro momento y otro estado de ánimo en el barrio. De ninguna manera puede tratarse de una casualidad. El cuento de Blancanieves habla de la belleza, del enanismo y también de las dificultades que enfrentan los seres humanos, cuando intentan convivir, para no odiarse, para no envidiarse y para no dañarse los unos a los otros.

Los siete hombres bajos son los buenos del cuento. Todos. Ni siquiera se enojan o se quejan cuando Blancanieves les come su comida. La aceptan igual y, aparentemente, no tienen ningún problema de convivencia. A tal punto son buenos y felices, que habitan los siete la misma casa sin el menor altercado. Las maldades y los horrores de la historia son cometidos por los hombres y las mujeres que miden más de un metro y cuarenta y siete centímetros de estatura.

En este último grupo humano hay de todo.

Los malos son muy malos y los buenos muy buenos.

El padre es un padre ausente. Un indolente. Un tipo que no pregunta ni una sola vez por su hija desaparecida. No le importa. Da la impresión de que lo único que le importa es que no desaparezca de su palacio y de su cama, sobre todo, su bellísima segunda mujer, la que el cuento, una y otra vez, llama madrastra. Una mujer perversa, envidiosa, maltratadora y autoritaria, a la que solo parece interesarle verse hermosa frente a un espejo. Es malísima. En contraposición, Blancanieves es todavía más bella, además de joven, sana, dulce, amable, solidaria y extremadamente

buena. También el príncipe, que aparecerá al final, es un hombre bueno y abnegado y que, encima, cuando besa, hasta puede resucitar a las muertas.

Eliana no dijo nada de todo esto en su discurso inaugural.

Ni siquiera creo que lo haya pensado.

Solo comentó, como al pasar, que se sentía Blancanieves entre un montón de enanos. Feliz, buena, bella y querida, supongo que se sentía aquel día. Por eso dijo lo que dijo. Y ahora entiendo perfectamente por qué recordé esa parte de su discurso cuando en realidad estaba recordando otra cosa: cómo fue que me preparé para presentar la idea que se me había ocurrido frente a una, seguramente complicada, asamblea de hombres bajos y de mujeres bajas.

Ahora lo entiendo.

Tiene demasiado que ver.

Con Eliana, con Blancanieves, con mi madre que me leía el cuento todas y cada una de las noches de mi infancia, conmigo y con un mundo repleto de gente más alta que yo. Lo que quiso decir la huarpe finalmente, al hacer aquella referencia literaria, fue que si bien por la calle un hombre bajo o una mujer baja pueden asustar o pueden molestar a los demás, cuando están todos juntos viviendo en el bosque, lejos de los palacios y de las ciudades, son los seres más encantadores y más queribles del mundo.

Me parece que quiso decir eso. Aunque no podría asegurarlo.

Entonces, y retomando aquello que dejé a un lado para abocarme a reflexionar acerca de mis modos de recordar, apenas presentí que ya estaba preparado para lo que podía ocurrir ante el anuncio de mi propuesta, me levanté de la silla en donde estaba almorzando, me trepé a la mesa de los discursos y, sin gritos ni exageraciones, les pedí al resto de los comensales que por favor me escucharan unos minutos con atención, que se me había ocurrido una idea para ganarnos la vida, que deseaba ponerla a consideración del grupo.

Decidí comenzar por los costados de la idea y no por la idea en sí.

Y llamo costados a las respuestas que se me ocurrieron a las preguntas imaginarias que cada uno de ellos me había hecho mientras me preparaba para la exposición. O para el fracaso de mi exposición, mejor. Conté, por ejemplo, que los visitantes a los que permitiríamos ingresar al predio serían turistas procedentes de Mar del Plata, nunca de Miramar y, mucho menos, oriundos de la ciudad vecina; que la inversión sería mínima: un par de caballos ponis, lápices grandes con forma de rama para regalar a los visitantes y un uniforme con una gorra de tipo policial o militar más algunos otros disfraces si es que Susana no se daba maña para diseñarlos y coserlos ella misma. También les avisé que dichos turistas nos verían a nosotros pero nosotros jamás los veríamos a ellos, que para eso se exigiría por contrato que los vidrios de los autobuses o autos de alquiler en los que llegaran, fueran ahumados o espejados. Y que, por sobre todas las cosas, nosotros no tendríamos ningún tipo de contacto, de ninguna índole, con esos turistas. Por último, les aseguré que la irrupción en nuestra vida cotidiana de dichos contingentes duraría, como máximo, unos treinta minutos, que las veintitrés horas y media restantes seguirían siendo de nuestra exclusiva propiedad.

Recién después de abocarme en detalle a esos costados de la

cuestión, y de observar que los asambleístas no parecían haberse disgustado ni ofuscado demasiado ante mis palabras, fue que me animé, por fin, a presentar la idea que se me había ocurrido.

Como ya se habrán dado cuenta, les dije, se trata de un *tour* turístico por el barrio que se venderá bajo el título *Conozca la única comunidad de enanos gauchos de la Argentina*. El autobús entrará por el portón después de que el oficial de guardia se lo permita, de ahí la necesidad de un uniforme de color azul o verde oscuro y de una gorra, dará lentamente una vuelta por entre las casas, en algún momento se topará con dos gauchos sobre sus respectivos ponis, en otro momento con algún peón trabajando en la huerta, más adelante con dos gauchos y sus respectivas chinas jugando a la taba, luego con un fogón y un gaucho tocando la guitarra mientras los otros toman mate, y al final el mismo uniformado de la entrada se acercará hasta la ventana del conductor, le entregará los lápices gigantes con la leyenda *Yo estuve en la única comunidad de gauchos enanos de la Argentina* para ser repartidos entre los visitantes y a cambio recibirá la paga por el *tour*. Estamos hablando, sospecho, de unos mil o dos mil pesos por autobús, lo necesario para poder pagar las cuentas de la luz y del agua y para que todos vivamos sin grandes lujos pero, al menos, sin tantos apremios económicos.

La reacción de la multitud se hizo esperar.

Y eso solo ya constituía un buen augurio.

Durante las numerosas presentaciones anteriores, tanto los gritos de desaprobación como las carcajadas y las burlas habían sido instantáneos.

El silencio lo rompió Perico. Se puso de pie en medio del salón y dijo que la idea no le parecía mala, pero que él la aceptaría solo si le otorgábamos el papel del uniformado en el portón, que nunca le habían gustado ni los gauchos ni el mate ni los fogones ni las guitarras, que no sabía lo que era una taba, que él no haría nada de eso. Ahí sí hubo algunos gritos. Aparentemente, Perico no era el único que pretendía el papel del uniformado o no era el único al que no le gustaban nada los gauchos.

Los gritos recién se acallaron cuando irrumpió en escena la voz tranquila de Alberto Cura.

Fue como un bálsamo.

Desde que Susana lo había dejado por una noche, durante el momento más álgido de la debacle comunitaria, el hombre se desvivía por reconquistar a su mujer. Y, por supuesto, aprovechó la ocasión para terminar de conseguirlo. Expresó que, en términos generales, la idea le había parecido excelente. Aunque, según su criterio, deberíamos modificar algunos pequeños detalles.

Lo dijo así, con esas cuidadas palabras.

Lo juro.

Sin embargo, las modificaciones que propuso inmediatamente a continuación no se referían a pequeños detalles. De ninguna manera. A partir de una habilidad política innegable, Alberto le dio un giro de ciento ochenta grados a mi idea. La reformuló por completo. Para hacerlo, se apoyó en el hecho de que, por lo que hasta ahí había escuchado, los habitantes del barrio no eran muy amantes de los gauchos, que ignoraba las razones profundas de ese desagrado colectivo, pero que a esa altura resultaba del todo imposible negarlo: los gritos y las quejas habían sido muy evidentes. Enseguida, se preguntó si acaso ese profundo desagrado por lo que representaba la figura del gaucho, desagrado del que él mismo participaba, no reflejaba a las claras cierta incomodidad enana frente a aquello que para los más altos del país significaba ser un argentino. Y, con humildad, se respondió que seguramente sí, aunque él no estaba suficientemente preparado para poder arrojar algo de luz en una cuestión tan oscura. La única conclusión a la que en un principio se animaba era que nadie podía representar con éxito aquello que despreciaba o, incluso, hasta detestaba.

Entonces.

Y a partir de lo que acababa de apuntar, más el hecho de que no le parecía correcto que la pobre Susana, la buena de Susana, la abnegada Susana se pasara otro mes entero cosiendo y cosiendo para que luego quizá la fortuna no nos acompañara, como lamentablemente había ocurrido hacía tan poco tiempo, él proponía transformar *la única comunidad de gauchos enanos de la Argentina* en *la increíble y nunca antes vista comunidad de enanos superhéroes*. Por un lado, le parecía que los superhéroes podían atraer bastante más que los gauchos a los niños que hacían turismo en Mar del Plata, que la idea del gaucho había quedado definitivamente en el pasado y que, en su larguísima experiencia

atendiendo un quiosco junto a su amada Susana, había aprendido que, hoy por hoy, los niños y no los padres eran quienes decidían dentro de la familia asuntos tan importantes como la elección de un *tour*. Por el otro lado, uno de los errores que según su criterio habíamos cometido en el *show* de *strippers* era que, copiando excesivamente el descomunal éxito de Batman y Robin en el local de Robles, todos los números que habíamos imaginado involucraban a superhéroes, que el *show* había resultado excesivamente monotemático y, si se lo permitían, por eso mismo había agotado tan rápidamente a las espectadoras. Sin embargo, era de inteligentes hacer de un error una virtud. Los disfraces diseñados y cosidos por la hermosa Susana con tanto cariño estaban preciosos y listos para volver a utilizarse en este otro espectáculo, y con la misma convicción con la que antes había asegurado que los niños eran quienes mandaban en las familias modernas, ahora quería asegurarnos que esos mismos niños jamás se cansarían de los superhéroes, como quizás había ocurrido con las mujeres adultas y un poco borrachas que andaban en grupos por las noches.

Un cerrado aplauso coronó el final de su discurso.

Y hasta Susana se acercó a él, corriendo, para besarlo largamente en la boca.

Solo hubo dos voces que, una vez terminados los aplausos, se separaron de la multitud. No para oponerse, sino para solicitar algunas particulares licencias.

El primero fue Perico. Otra vez. Dijo estar muy de acuerdo con las modificaciones propuestas por Alberto, pero hizo una expresa salvedad: que le permitieran actuar del uniformado que recibiría a las familias de turistas en el portón de entrada, que desde chico le encantaban los uniformes, que jamás había tenido la posibilidad de ponerse uno, que por favor, que esta era la oportunidad de su vida y que, en el fondo, un uniformado también era una suerte de superhéroe.

El barrio aceptó de buen grado darle el gusto.

Y Susana expresó, conmovida hasta las lágrimas, que no le costaba nada confeccionarle a Perico el uniforme que tanto deseaba.

El otro que se puso de pie y pidió una segunda excepción fue Nelson Ferracio. El italiano dijo que estaba de acuerdo en todo, también en el uniforme para Perico, pero que él también quería

hacerle una solicitud a la comunidad: que siempre había soñado con montar un poni, que por favor compráramos uno, que a los chicos turistas les encantaban los ponis y que el hombre araña cabalgando sobre un poni sería una imagen imborrable para cada uno de ellos.

Ahí terció Susana.

Afirmó que a ella no le parecía correcto que el hombre araña cabalgara sobre un poni, que no, que el hombre araña tenía otras habilidades y que a ella no le costaba nada confeccionarle a Nelson, con un par de vestidos viejos que tenía, un lindo disfraz del Zorro, que eso sí impactaría en los más chicos. Y la asamblea, que a esta altura ya se conmovía por cualquier cosa, aprobó por unanimidad la compra del poni solicitado por Nelson y su novedoso rol del Zorro.

El ánimo del barrio había cambiado por completo.

En un par de horas más o menos, por obra y gracia de una idea que se concretó en otra, los resquemores y los odios se habían transformado, milagrosamente, en algo muy parecido al más puro y ardoroso amor colectivo.

La mismísima noche de aquel día en que decidimos dejar de odiarnos los unos a los otros y organizar una nueva empresa en común, Cristina Viatri volvió a mi cama. Y no fue casualidad, ya comenté antes que no creo en las casualidades. Me había quedado afuera después de abrir las canillas, necesitaba estar solo durante un rato, pensar, mientras escuchaba el rumor de las cataratas y miraba, de cuando en cuando, la luna casi llena.

Cuando entré, la encontré desnuda sobre mi cama.

Como antes.

Y aunque no le pregunté nada, me contó que había vuelto porque yo había sido el segundo más tramposo de la asamblea y que, lamentablemente, el primero, Alberto Cura, estaba con otra y tanto estaba con esa otra que la única razón de sus trampas había sido reconquistarla. Pero que yo también había hecho lo mío con esmero y que, ese esmero tramposo, se merecía su cuerpo.

Dijo lo que dijo y no habló más.

Abrió sus piernas de par en par y me invitó con una escasa seña a que la penetrara.

Creo que me volví a ir por las ramas, que no estoy haciendo las cosas bien y que mucho o, mejor, todo lo que escribo no tiene ninguna importancia a la hora de juzgar los equivocados motivos por los que me encuentro encerrado en esta celda.

Empiezo de nuevo.

Ojalá esta vez tenga mejor suerte.

El desgraciado desenlace final, recién ahora tomo consciencia de ello, comenzó a gestarse durante la asamblea que debía aprobar una nueva enmienda que permitiera el ingreso de los autobuses turísticos al barrio.

Por supuesto, yo fui el encargado de redactarla.

La segunda enmienda:

Se deja sin efecto lo estipulado en la enmienda anterior. A partir del momento de su aprobación, el código de convivencia más esta novedosa enmienda serán las únicas leyes a respetar dentro del barrio. Entonces, y en virtud de que en el punto 3 de dicho código se propendía a *generar, en la medida de lo posible, algún tipo de ingreso económico que pueda beneficiar al conjunto de los habitantes del barrio* y que, hace algunos días, a uno de los miembros del consorcio se le ocurriera una idea con esos fines y que, casi de inmediato, la mayoría de ellos consideró muy plausible dicha idea, aunque con cambios manifiestos y profundos propuestos por otro de los vecinos, se deja sin efecto el punto 1 del código de convivencia para el caso de aquellos turistas que se acerquen al predio en autobuses o coches de alquiler habiendo abonado su correspondiente entrada al mismo. Se hace la expresa salvedad de que dichos medios de transporte no podrán circular con entera libertad por el barrio sino que deberán ceñirse a un escrupuloso itinerario que les asignaremos con antelación, como así tampoco podrán permanecer entre nosotros más allá del tiempo estipulado para la totalidad del recorrido. Por último, el autor de esta enmienda recomienda a los demás miembros del consorcio

delimitar nítidamente un camino que una el portón de entrada al barrio con las diferentes actividades que desarrollará cada uno de los superhéroes que actuarán en cada función, con el fin de que a los eventuales turistas no se les ocurra perderse voluntaria o involuntariamente por el resto del vecindario. A este respecto, se recuerda que los niños no son fáciles y han mantenido, a lo largo de la historia, una actitud sumamente negativa y sumamente hostil respecto de los enanos. Salvo las expresas modificaciones que aquí se señalan, el resto de lo decidido y aprobado oportunamente en los seis puntos del código de convivencia continúa vigente para la totalidad de sus miembros.

Terminé de leer y, enseguida, casi todos mostraron su aprobación a los gritos.

Aunque no todos.

Casi.

Perico permanecía en absoluto silencio en un rincón del salón. Bastante alejado de los demás. Y no recuerdo si estaba allí desde que yo había comenzado a leer o se había ido desplazando a medida que la lectura de la enmienda avanzaba.

No lo recuerdo.

Lo que sí recuerdo muy bien es que, inmediatamente después de los gritos multitudinarios de aprobación, Perico pidió la palabra.

Preguntó si acaso no sería adecuado aprovechar la oportunidad de que estábamos reunidos a fin de aprobar esta nueva enmienda, para realizar algunos otros mínimos cambios al código de convivencia. Leves modificaciones que lo hicieran un tanto menos estricto para con algunos seres humanos más altos que nosotros. Para quiénes, le gritó entonces Titi Figueroa desde el rincón opuesto del salón del tanque, y otros repitieron a viva voz la misma pregunta. No sé, contestó él, se me ocurre que si a Eliana se le antoja venir uno de estos próximos días a observar cómo nos preparamos para atender a los turistas para así, después, avisarlo por televisión, incluso la que fuera nuestra mentora, nuestra hada madrina, en las condiciones estatutarias actuales no podría hacerlo, y eso me parece un error que, ya que estamos, podríamos enmendar ahora mismo sin demasiado esfuerzo.

Y la que en esta oportunidad apenas escucharlo saltó de su silla fue Cristina.

Se incorporó como un pequeño resorte femenino.

Avisó que ella jamás aceptaría una modificación semejante, que permitirle entrar a uno cualquiera o a una cualquiera, subrayando insidiosamente la palabra «cualquiera», por más que fuera tan especial o tan querida como Eliana, habilitaría futuras excepciones que no resultarían ni tan especiales ni tan queridas.

Y eso fue todo.

La mayoría estuvo de acuerdo con sus dichos y, de inmediato, se terminó la reunión.

Por supuesto, y sin ningún aviso previo, esa noche la Viatri volvió a desaparecer de mi cama rumbo a la cama de Perico.

A los pocos días de aquella asamblea, comenzaron a visitarnos los turistas. Y más de un autobús por día. Llegaban de Mar del Plata pero también de Miramar y hasta de Necochea. Ninguna agencia se quería perder el negocio y, aparentemente, a partir del cambio de rubro el señor Robles no hacía el menor esfuerzo para impedir que trabajáramos. Y, claro, debido al éxito y al mucho dinero que ingresaba a nuestras arcas, la paz volvió a reinar en el barrio.

Éramos risas.

Afecto incontenible.

Felicidad.

Los mediodías, mientras almorzábamos todos juntos en el salón del tanque, siempre había alguna anécdota divertida respecto de lo que había ocurrido durante el día anterior. Una capa que se había enganchado o desprendido de su superhéroe en el momento menos oportuno, una máscara que al moverse había tapado los ojos y había provocado un choque entre superhéroes o una caída aparatosa, más etcéteras y etcéteras. Además, por supuesto, del reclamo constante de Nelson acerca de que su poni no galopaba, que apenas si caminaba algunos pasos cuando se le venía en gana. El italiano, enojadísimo, reclamaba cada mediodía, enseguida después de las anécdotas, que así era sumamente difícil desarrollar sus tareas de Zorro, imposible en realidad; que ese poni no era el que él había soñado, que era un desastre de animal, un desvergonzado, que por favor se lo cambiáramos por otro.

Éramos risas.

Afecto incontenible y felicidad.

Y en este estado de amor y de paz Cristina Viatri se las ingeniaba para pasar algunas noches en la cama de Perico y otras noches en la mía.

Un gran momento.

El mejor, sin duda, en la historia del barrio. Nada auguraba que iba a ocurrir lo que después ocurrió. Absolutamente nada.

Pero ocurrió. Por supuesto que ocurrió. Y sospecho que tengo entre mis manos dos verdades al respecto. La primera es que puedo establecer con exactitud el momento en que todo comenzó a terminar. Y la segunda de esas verdades es que tendría que haber empezado a escribir desde aquel exacto momento: llevo un montón de días y de noches malgastando páginas, escribiendo y escribiendo sobre asuntos que ahora mismo me parecen absolutamente irrelevantes.

Les pido mil disculpas a las autoridades, nunca lo había tenido tan claro.

Y voy al grano de una buena vez.

Algunas líneas atrás, conté que el barrio vivió su época de mayor gloria mientras trabajábamos de superhéroes para los turistas que llegaban a visitarnos desde todas las ciudades de la costa. Yo me incluyo. La Viatri se desnudaba en mi cama una noche sí y otra no. Eso me complacía al tiempo que me dejaba respirar. No podía pedir más. Era completamente feliz. Hasta que una noche cometí el error que, más tarde, significaría el principio de todos los males. Le pregunté a Cristina, para conversar de algo, sin darle la menor importancia, por qué era que últimamente se turnaba entre mi cama y la de Perico. Cristina se rio. Enseguida, y todavía entre risas, me dijo que la pregunta estaba de más, que yo ya lo sabía, que porque éramos los dos tipos más tramposos del vecindario.

El asunto podría haber terminado ahí.

Pero no terminó ahí.

La Viatri dejó de reírse y me informó que también tenía que ver con esa alternancia el hecho de que Perico, muchas noches, prefería salir a caminar por las afueras del barrio, solo, sin compañía y vestido con su nuevo uniforme militar. Le decía a ella que lo hacía para vigilar, que había mucha delincuencia en la zona, que lo perdonara, que era su deber, que no se enojara, que se fuera y que, mañana o pasado mañana a más tardar, volverían a dormir juntos.

Así, de esa manera inocente, ahora me doy cuenta, fue que todo comenzó a terminar.

Yo me quedé muy preocupado con sus dichos.

Tanto que al día siguiente, después de almorzar, lo llevé aparte y le planteé el asunto al propio Perico. También él se rio. Me pidió que no le creyera demasiado a Cristina, que ya sabía cómo eran las mujeres bajas, que en realidad ya estaba cansado de ella y no sabía cómo decírselo, que por eso había inventado lo de las salidas nocturnas, que ya se iba a animar a finalizar con la relación, que no me preocupara.

Lo entendí.

Perfectamente.

Y un par de noches más tarde, cuando entró la Viatri como un trueno enojado en mi casa, a los gritos, esgrimiendo que había concluido para siempre con sus visitas a Perico, que ese tipo estaba loco de remate y que ella ya no lo aguantaba más, también entendí que por fin Perico se había animado a decirle la verdad.

Eso fue lo que entendí.

Aunque, como supe más tarde, no estaba del todo en lo cierto.

En las noches subsiguientes, justo antes de dormirse, Cristina repetía que Perico estaba loco o andaba en algo raro y que, porque conocía lo muy tramposo que era, ella se inclinaba decididamente por esta segunda opción. Hay que investigar, Milagro, yo sé lo que te digo, algo oscuro se trae entre manos este tipo.

Yo no la escuchaba.

Sabía la verdad del asunto por boca del propio Perico y esa verdad me alcanzaba y me sobraba. Pero, involuntariamente, unas cuantas noches después tuve que comenzar a darle la razón.

La Viatri roncaba como un caballo. Tanto y tan fuerte roncaba que, en un momento, imposibilitado por completo de retomar el sueño, decidí levantarme y salir afuera, a sentarme un rato cerca de la paz de mis cataratas. La noche estaba clara, la temperatura ideal y el ruido del agua me arrullaba. A punto de quedarme dormido ahí afuera, escuché unos ruidos, miré con atención hacia el portón y descubrí que una sombra, un bulto, no sé, alguien, salía del barrio. Me levanté y lo seguí cuidándome de no cometer ningún error que me delatara. Saqué la cabeza apenas unos centímetros a través de la hendija del portón y vi que un hombre bajo se subía en un coche que de inmediato partía a gran velocidad por la ruta en dirección a Miramar. Eso fue todo lo que vi. Aunque la noche estaba muy clara, lamentablemente no alcancé a ponerle un nombre a esa silueta escurridiza.

Nada de esto le comenté a Cristina.

Me pareció que si le contaba, le iba a dar más alas a sus sospechas.

Lo que sí hice la noche siguiente, claro, fue esperar a que la Viatri se durmiera para saltar de la cama, esconderme muy cerca del portón y esperar allí a ver si se repetía lo ocurrido durante la víspera. Pero no. No ocurrió. Tuve que esperar otras veinticuatro horas para descubrir de quién se trataba. Resultó bien fácil, al final. Vestido con su nuevo uniforme y mirando hacia los cuatro costados,

visiblemente nervioso, irrumpió Perico por entre las sombras de la noche. Y apenas dejó atrás el portón, salí de mi escondite y me asomé para ver si también podía descubrir quién era aquel que lo esperaba en el coche.

Pude.

Sin embargo, no era aquel, era aquella.

Era Eliana, la periodista, la huarpe, la más bella mujer que había visto en mi vida.

Tampoco esta vez le comenté nada de lo que había descubierto a la Viatri. Ni a ella ni a nadie. Me guardé el secreto para mí. También me guardé el dolor. En el fondo, Perico no estaba incumpliendo ninguno de los seis puntos acordados en el código de convivencia barrial ni tampoco lo estipulado en la enmienda.

No había incumplido con nada.

Pero no es de eso de lo que quiero escribir en este momento. No. Ahora mismo lo único que necesito es volver por un rato a Blancanieves.

Unas cuantas páginas atrás, había dicho que los siete hombres bajos del cuento eran buenísimos, mientras que entre aquellos personajes que medían más de un metro y cuarenta y siete centímetros de altura había buenos muy buenos y malos muy malos, y también que Blancanieves y la madrastra constituirían los dos ejemplos más nítidos y más extremos de esta abismal contraposición. Sin embargo, estoy convencido de que la vida no es ningún cuento, de que hay malos y buenos en todos lados, incluso uno mismo puede ser bueno y malo. Depende de la ocasión.

A Blancanieves la puso en escena Eliana.

Desde arriba de la mesa, durante el discurso con el cual dio por inaugurado el barrio.

No lo traje yo, al tema. Va y viene por mi enorme cabeza desde aquel preciso momento. Claramente, para la periodista nosotros éramos los enanos buenos y ella la bella y buena Blancanieves. Se ve que el espejo le devolvió esa imagen de sí misma porque así dijo aquel día que se sentía. Ahora bien, la vida no es ningún cuento infantil, la vida es la vida, y se me ocurre que la madrastra jamás frente al espejo se pensó a sí misma tan mala como la leemos ni Blancanieves, vaciándole los platos de comida a sus anfitriones, se pensó tan buena ni tan amable como aparece a los ojos de los lectores.

Entonces.

Visto y considerando esta situación.

Eliana, la periodista, la descendiente de los aborígenes huarpes que habitaron las montañas mendocinas antes de la llegada de los conquistadores españoles, la más hermosa mujer de este mundo, en realidad, ¿a cuál de las dos se parecía más, a Blancanieves o a su madrastra?

Tengo demasiadas dudas al respecto. Los espejos suelen engañar, parecen diseñados para mostrarnos solo aquello que queremos ver de nosotros mismos.

No volví a espiar. No quería que el corazón me doliera más de lo que ya me dolía. Igual, me costaba bastante conciliar el sueño. Sobre todo después de escuchar cada noche a Cristina repitiéndome cerca del oído que en algo andaba Perico, que ella sabía, que lo conocía muy bien.

Evidentemente, a la Viatri también le dolía el corazón.

Tanto que, cada dos o tres noches, llegaba hasta mi cama un poco más tarde de lo habitual y con la cara muy desencajada. Con toda seguridad pasaba antes por la casa de Perico y era rechazada por él una y otra vez.

Y no sé exactamente el tiempo que transcurrió desde lo que acabo de escribir hasta lo que voy a escribir a continuación.

Quizá fueron días.

O quizá semanas.

En verdad no lo recuerdo. Lo único cierto es que un mediodía, mientras almorzábamos juntos en el salón del tanque, varios vecinos se quejaron de haber escuchado golpes de un martillo o de una maza a altas horas de la noche. Fuertes golpes que no los habían dejado dormir durante un buen rato. Nadie podía establecer de dónde habían provenido los intensos ruidos y nadie, por supuesto, se responsabilizó de haber martillado nada.

La cosa pasó sin más.

Hasta esa noche, claro.

Cristina daba vueltas en la cama. No podía parar de dar vueltas y, extrañamente, no me había repetido aquello de que Perico andaba en algo oscuro, que ella sabía, que lo conocía muy bien. De todos modos, decidí apagar la luz y no hacer caso de sus infinitas vueltas. Y así pasaron unos cuantos minutos. Hasta que se incorporó de un salto, me zamarreó por la espalda y me exigió que la acompañara a espiar qué hacía Perico, que los martillazos no habían sido ninguna ilusión colectiva, que algo estaba pasando, que seguro que era él quien había martillado, que ella estaba

convencida, que debíamos ir a investigar.

La acompañé.

No me quedaba otro remedio.

Y, por supuesto, los hechos se precipitaron.

Las dos ventanas del frente de la casa de Perico estaban completamente cerradas. Era normal. Perico jamás las abría, ni siquiera durante el día. No le gustaba mirar a nadie ni que lo miraran. Es más, muchas veces le hacían bromas respecto del asunto, que para qué las había colocado si no las abría nunca. Pero él no hacía caso de las bromas, solo le molestaban aquellas que se referían, consciente o inconscientemente, a su enanismo.

La Viatri sabía lo de las bromas y lo de las ventanas.

Y mucho más sabía.

Por ejemplo que, muy por el contrario, Perico dejaba siempre abierta de par en par la única ventana que daba al paredón perimetral del barrio. Entonces, cuidándonos de no hacer ruido, sin decirnos una palabra, comunicándonos a partir de señas, fuimos directamente hacia allí.

Y lo encontramos, claro.

Yo no lo podía creer.

Perico, vestido solo con la gorra de su uniforme y la vieja zunga negra de cuando actuábamos en el local de Robles, amenazaba con una suerte de látigo que revoleaba por el aire a una indefensa Eliana que, completamente desnuda y completamente hermosa, yacía tirada de espaldas sobre la cama, con los brazos y las piernas extendidos hacia cada uno de los cuatro ángulos de la misma y atados con una soga fina a los barrotes que se erguían en esos cuatro ángulos.

Me quedé mirando.

Absorto.

Sin entender demasiado bien, se me ocurre ahora, qué era lo que estaba mirando. Sin pensar en nada preciso. Incrédulo, en el fondo. Con el corazón roto en mil pedazos y los ojos repletos de lágrimas. Perdido. Y más solo de lo que había estado jamás en la vida. Cada tanto, Perico pegaba con su látigo en la bellísima espalda o en el bellísimo culo de la bellísima Eliana. No lo hacía con fuerza. No.

Más que latigazos, los golpes parecían suaves y amorosas caricias. Igual, Eliana se quejaba del maltrato, gritaba que basta, señor comisario, que por favor, que hágame lo que quiera pero deténgase, ya no puedo soportar tanto dolor.

Yo seguía mirando a través de la ventana.

Y no sé, no tengo idea de cuánto fue el tiempo que pasé allí, de pie, observando la escena.

Perico le decía que, si prometía portarse bien, la iba a desatar, y ella le respondía que sí, que iba a ser la gatita más buena que había estado presa en su comisaría, que ya no hacían falta más latigazos, que la sangre le brotaba por todo el cuerpo, que tuviera un poco de misericordia y de piedad para con ella, que la desatara de una buena vez, que le juraba que se iba a portar muy pero muy bien.

Repito que no sé el tiempo que pasé, absorto, mirando por la ventana.

Pero fue mucho, seguro.

Tanto que Perico alcanzó a desatar las cuatro extremidades de la huarpe. Y tanto, y sobre todo tan absorto, que nunca me di cuenta de que me había quedado solo junto a la ventana y que la Viatri, que evidentemente no había sufrido la misma parálisis emocional que yo, durante ese lapso se las había ingeniado para despertar y arrear al resto de los habitantes del barrio hasta allí.

Los gritos de la multitud llegaron por sorpresa.

Perico daba vueltas por la habitación sin atinar a nada. Eliana, más fría o más consciente de la gravedad de la situación, ya se había puesto la bombacha y estaba terminando de prenderse el corpiño. Yo, mientras tanto, aproveché para despertarme, apartarme unos centímetros de la ventana y buscar con los ojos el lugar de donde provenían los gritos de la multitud.

Estaban ahí nomás.

Muy cerca.

Y se acercaban corriendo a gran velocidad.

Enseguida, pude ver que Eliana atravesaba la ventana de un salto al mismo tiempo que llegaba la jauría de hombres bajos y mujeres bajas. La dulce periodista no se detuvo, corrió rápidamente hacia un pequeño hueco que estaba abierto en el paredón perimetral y los demás, de inmediato, salieron en su persecución. Casi la alcanzan antes de que pudiera dejar atrás el paredón, incluso

me pareció que varios manotazos le pegaron o, al menos, le rasguñaron su bellísima espalda. De todos modos, la mujer pudo salir por el agujero y enseguida también lo hicieron los demás.

Yo no.

Yo me quedé.

Y, con algún esfuerzo, logré treparme por el hueco de la ventana y entrar a la casa.

Perico estaba sentado como un indio sobre su cama. Lloraba desconsoladamente. Me acerqué hasta él y le palmeé la espalda. Luego lo abracé y me mantuve abrazándolo hasta que, poco a poco, dejó de lagrimear.

Recién entonces pudo descargarse.

Y se puso a hablar, incontenible.

Me contó que su relación con Eliana había comenzado hacía poco tiempo. Cuando la llamó para pedirle que, si podía, hiciera publicidad en su programa de televisión de los *tours* que en esos días íbamos a empezar a recibir si la suerte nos acompañaba. Le contestó que sí, que por supuesto, pero que prefería encontrarse con él, conversarlo personalmente y así conocer los detalles de la empresa. Lo citó en una esquina, aquí cerca del barrio, a las ocho en punto de la noche, que antes no podía, que la disculpara, que a esa hora era que quedaba libre. Y él fue. Estaba allí incluso antes de las ocho. Ella llegó al rato, se bajó del coche, le preguntó cuáles eran los disfraces que cada uno iba a utilizar y, apenas contarle él que usaría un uniforme de policía o de militar, se le tiró encima y lo comió a besos. No pasó de ahí esa noche. Me lo juró. Y también me juró que volvió de aquella cita completamente desconcertado. No entendía. Por un lado estaba feliz, nunca antes había besado a una mujer tan alta y tan hermosa, pero, por el otro lado, no sabía por qué lo había citado para la noche siguiente, bastante más tarde, a eso de las doce y vestido con el uniforme. Solo le dijo que ella lo iba a esperar en su coche, a unos cincuenta metros, más o menos, del portón de entrada al barrio. Y así ocurrió. Salió, se subió al coche y ella lo llevó a una playa lejana, se desnudó de inmediato y lo obligó a perseguirla gritándole que no podía andar así desnuda por la playa, que era una puta y que las putas no se le escapaban, que siempre terminaban en su calabozo. Finalmente, dejó que la alcanzara y tuvieron sexo por primera vez. Me confesó que Eliana estuvo encantadoramente salvaje sobre la arena, que nunca había

vivido algo semejante, que había sido impresionante, inolvidable. Y la escena comenzó a repetirse una noche sí y una noche no. Eso al principio, luego fue todas las noches. Ella era la que decidía a qué hora él debía salir vestido con su uniforme y también en qué playa lo harían, siempre la misma escena en una playa distinta. Fueron muchas las que visitaron, un montón, hasta que una noche, cuando volvían, le dijo que la siguiente no se iban a encontrar, pero que, si quería volver a estar con ella, tenía que aprovechar esa noche libre para hacer un boquete en el paredón perimetral, justo detrás de su casa, no muy grande, un hueco apenas lo suficientemente grande como para que ella pudiese pasar, que el próximo encuentro, si es que él así lo quería, sería en su casa, que ella entraría por ese agujero, que no le avisaría a qué hora lo haría, que llegaría por sorpresa y que él debía esperarla vestido solo con la gorra del uniforme y con la zunga, que ella traería otro par de objetos, que necesitaba sentirse presa y atada y maltratada por él, que era eso o la relación se terminaba para siempre. Por supuesto, él le dijo que sí, le pidió que no le fallara, que por favor, que ya no podía imaginar una vida sin su cuerpo, que la esperaba en dos noches. Justo aquella noche había sido esa noche tan esperada y todo había terminado muy mal, horrible.

Es todo lo que sé acerca de la relación que mantuvieron.

En ese momento entraron los demás a la casa y Perico ya no volvió a abrir la boca. Solo tuve unos segundos de tiempo para informarle que, de acuerdo con lo que estipulaba expresamente el punto 6 del código de convivencia, debía juntar sus pertenencias y, de inmediato, retirarse para siempre del barrio en virtud de haber infringido el punto 1 del mismo código.

La jauría de hombres bajos y mujeres bajas entró muy alborotada. Se peleaban por contar lo que había sucedido ahí afuera. Resulta que cuando atravesaron el agujero que la noche anterior había abierto Perico a fuerza de martillazos en el paredón perimetral, se encontraron frente a frente con una Eliana desnuda casi por completo y muy asustada y también con una montaña de escombros de diverso tamaño, que de manera espontánea tomaron esos trozos de ladrillo y empezaron a arrojárselos a la dulce periodista huarpe, que si bien sangraba abundantemente, igual se las ingenió para llegar hasta su coche que estaba estacionado a unos cincuenta metros del hueco y de la montaña de escombros y encerrarse ahí dentro, que siguieron arrojándole ladrillazos durante un buen rato, ahora hacia el coche y no directamente hacia su cuerpo, hasta que se cansaron o advirtieron, también espontáneamente, que ya era suficiente, que ya había tenido su merecido.

Perico había vuelto al llanto.

No podía parar de llorar como un chico mientras juntaba sus pertenencias.

Entonces decidí irme. Volver a mi casa. Juzgué que ya había visto y ya había escuchado demasiados horrores.

Me fui solo, caminando lentamente.

Nadie me siguió.

La totalidad de mis vecinos prefirieron quedarse juntos, rumiando la desgracia. Así es la gente, a veces. Le cuesta desprenderse de los hechos dolorosos, necesita regodearse en ellos, contarlos una y otra vez y hasta inventar lo que no sabe para su propio beneficio o su propia exculpación.

Me fui solo.

Ya estaba harto de tanto grito.

Era casi de madrugada y preferí sentarme en la cocina y mirar a través de la ventana cómo nacía el sol entre mis cataratas y mis

sauces. Más tarde llegó la Viatri. Eligió mi cama. Monologó durante un rato larguísimo acerca de lo que Perico les había contado, hicimos el amor como si fuera la última vez y después dormimos profundamente justo hasta unos minutos antes de que los cinco patrulleros policiales llegaran a buscarme.

Sospecho que los demás se van a confabular en mi contra y van a declarar que miento, que Eliana saltó por la ventana y huyó por el hueco del paredón perimetral bastante antes de que ellos llegaran a la casa, que el único que la persiguió y pudo matarla a piedrazos fui yo; que ellos, en ese momento, estaban escuchando con mucha atención el relato que hacía Perico de sus desgraciadas peripecias amorosas en medio de un llanto eterno y que le creyeron y que por eso lo perdonaron y le permitieron continuar viviendo en el barrio a pesar de haber quebrantado las reglas de convivencia.

No lo sé a ciencia cierta.

Apenas si lo supongo.

Sé muy bien de lo que son capaces algunos hombres bajos y algunas mujeres bajas.

Y tampoco pienso que sea justicia aquella que puedan impartir ustedes, importantes autoridades a quienes va dirigido este descargo. Mil disculpas. Lo siento. Pero fíjense que seguramente miden más de un metro y cuarenta y siete centímetros de estatura y yo he sufrido demasiadas discriminaciones y demasiadas humillaciones a lo largo de la vida de seres humanos tan altos como ustedes.

De todos modos, y si por una bendita casualidad, aunque nunca haya creído en las casualidades, un pedazo de ladrillo arrojado por alguna de mis dos manos fuera el que dio muerte a la hermosa Eliana, bien merecido se lo tenía.

Yo la amaba.

Y ella no era la Blancanieves del cuento.

Soy mejor persona que Perico. Lo conozco bien. Mucho mejor. Y la amé de verdad, con toda mi alma. Desde aquel primerísimo momento, antes de la entrevista, en que me pidió que la observara con atención a través de la tranquera del terreno. Sin embargo, y aunque a esta altura de los acontecimientos resulte quizá demasiado obvio, ella decidió no atender a otra cuestión que no fuera el

grosero tamaño de un pene.

Por eso.